

GLORIAS DE ESPAÑA.



Hamet.

Alfaquí.

EL SITIO DE MÁLAGA.

I.

Un gallardo ginete musulmán llegaba á todo el correr de su caballo á las puertas de Guadix, viniendo por el camino de Málaga. Apenas concluyó su carrera el brioso
25 de diciembre de 1846.

corcel, cuando se dejó caer rendido de cansancio y cubierto de espuma, y el triste y fatigado ginete se vió rodeado de un inmenso pueblo que adivinaba ya las infaustas nuevas de que era portador.

—Nuestro territorio se halla invadido, exclamó; Málaga, la hermosa Málaga, se halla sitiada por el ejército de los reyes de Castilla que ya se gozan con sus despojos. Allí el valiente Hamet con el resto de sus tropas sostiene solo el honor de nuestras armas; mas si no fuere socorri-

TOMO IV.

34

do por sus hermanos, su gloria se eclipsará en breve, y triunfador el fiero castellano, todas las desventuras caerán sobre aquella hermosa población.

Indecible fué la consternación del pueblo al escuchar tales noticias. La tristeza se pintaba en todos los semblantes y solo algunos gritos de terror salían de aquella apiñada multitud. El peligro de los moros de Málaga era inminente, y sin embargo, era casi imposible enviarles socorro de Guadix. Reinaba entonces en esta ciudad Abdallah, llamado *el Zagal*, hermano del destronado rey de Granada Mulei Hasem, y tío por consiguiente de Boabdil á la sazón reinante. El Zagal, que en días mas felices habia hecho su entrada triunfante en Granada, victorioso de los cristianos y lanzando de ella al usurpador Boabdil, se hallaba entonces, por los varios sucesos de la guerra privado de recursos y reducido casi al dominio de Guadix y su comarca. La derrota que últimamente habia sufrido en Bentomiz, lidiando con las tropas castellanas, le habia desacreditado entre sus partidarios y entre el pueblo musulmán inconstante de suyo. Mal podría entonces oponerse á las fuerzas de los Reyes Católicos quien no solo tenía á su frente un enemigo tan poderoso, sino que dejaba á sus espaldas un rencoroso rival dueño de Granada, de donde ni esperaba socorros, ni que le abriese las puertas para proteger su retirada. Esta era la verdadera causa de la inacción del Zagal y de que no diese muestras de la ferocidad y ardor bélico de su altivo carácter. Un incidente tan imprevisto como extraordinario reanimó sin embargo el abatido entusiasmo del pueblo.

Vivia por aquella época en Guadix un moro anciano, de aquella clase de entusiastas que pretendían tener revelaciones divinas, los que obtenían gran crédito y el título de santos entre el pueblo musulmán fanático en demasia. Este santón pocas veces se presentaba en Guadix, pasando la mayor parte del tiempo retirado en un subterráneo en Graena, donde imploraba sin cesar las bendiciones del pueblo y donde curaba las enfermedades, no por la eficacia de su inspirada ciencia, sino por la de las aguas minerales de aquel sitio que sabia aplicar con oportunidad. En tan solemnes circunstancias salió el moro de su cueva y se dejó ver en las calles de Guadix. Aunque muy entrado en días conservaba sin embargo, una estatura elevada y una musculatura atlética, lo que unido al tostado color de su rostro, por ser de origen tunecino, y al tono melancólico y exaltado de su voz, le daba todo el aspecto de un profeta. En aquella ocasión se manifestaba mas agitado que de costumbre y sus ojos centelleaban con fuego extraordinario.

—Hijos de Alá, gritó á los moros que le rodeaban. Ya lo sabéis todo; ya habeis oído el apuro en que se encuentran vuestros hermanos de Málaga. Vuestro deber es marchar contra los infieles que los tienen sitiados. Dios que es Dios os promete la victoria, y Mahoma que es su profeta me manda ponerme á vuestro frente para conseguirla.

Con cuanto entusiasmo fuesen recibidas sus palabras por la crédula plebe, lo comprueba el que llegaron á reunirse hasta quinientos ginetes de diversas tribus que consintiesen en ponerse á las órdenes de aquel fanático para ir al socorro de Málaga. Partieron pues de noche y por los desfiladeros de la montaña y por senderos impracticables para otros que ellos y sus caballos del país, llegaron al crepúsculo de la mañana á una de las alturas que rodean la ciudad sitiada.

Descubriáanse desde allí á favor de la elevación del terreno, los minarets y blancas cúpulas de las mezquitas de Málaga, y los terrados de los edificios que sobresalían por encima de las murallas, en cuyo recinto se veían relumbrar algunos casquetes de acero de los almaiáres de las centinelas. Fuera de los muros, los arrabales, el campamento cristiano y la parte de él titulada *el hospital de la reina*. Las abandonadas casas de campo de los opulentos musulmanes, agradablemente situadas en la pendiente de

la colina entre sicomoros, cipreses y jazmines. Luego la arena dorada de la costa, y mas allá las interminables y azuladas ondas del Mediterráneo, en las que se balanceaban algunas embarcaciones con el pabellón de Fernando y de Isabel. Cuadro tan sorprendente como encantador, aun turbado con los horrores de la guerra.

Apenas el primer albor del día dejaba percibir claramente los objetos, cuando resonó el estruendo de un mosquetazo, que era la señal convenida.

—¡Allah! ¡Allah! gritó el santón, y estrechándose cuanto pudo su decidida tropa, partió como un relámpago, bajó la colina, atropelló los primeros puestos cristianos cruzando el campamento para dirigirse á la ciudad. Sus rostros cobrizos, los gritos que daban, sus blancos alquileles tremolando al viento, las cimitarras que blandían y el mismo trepel de los caballos, formaban un conjunto tan sorprendente que embargó la acción de los cristianos en aquellos primeros momentos. Mas al oír la voz de «á las armas», que daba el marqués de Cadiz gefe del campo por aquella parte, se reunieron precipitadamente algunos caballeros, y por medio de una hábil maniobra consiguieron picar la retaguardia de los moros: algunos de estos quedaron tendidos en la llanura y en los fosos; pero los mas entraron triunfantes en la ciudad, cuyas puertas volvieron á cerrarse instantáneamente en pos del último de los soldados musulmanes.

II.

Cuando las tropas de los Reyes Católicos vinieron á establecer el sitio de Málaga, el primer pensamiento de los habitantes fué capitular con los vencedores en tantas batallas y asegurarse la paz bajo las condiciones mas favorables que pudiesen. No era esto en verdad porque la población estuviese absolutamente desprovista de defensa. Málaga rodeada de macizas murallas, con su ciudadela en el centro y su castillo sobre una altura, defendida además por tierra por escarpadas montañas y por mar por el Mediterráneo, contando con una guarnición valiente y numerosa, podía oponer una prolongada resistencia; pero la mayoría de los habitantes dedicados á pacíficas y lucrativas operaciones del comercio, temía comprometer sus intereses y arruinar su opulencia en una defensa de inciertos resultados. El alcaide Albocén Connexa, á persuasión y con plenos poderes de los ciudadanos mas influyentes, partió al campamento de los Reyes Católicos, para arreglar la negociación, dejando la ciudad y gobierno de la Alcazaba durante su ausencia á su hermano; determinación poco meditada que causó la ruina de ambos.

Mandaba entonces en el castillo de Gibralfaro el célebre Hamet, el Zegri, antiguo alcaide de Ronda, enemigo jurado de los cristianos desde que le habian tomado su fortaleza. Apenas llegó á su noticia lo que se trataba, reunió los restos de sus Gomeles que miraban con el mayor desprecio á los pacíficos habitantes de Málaga, y bajando á esta ciudad entró en la Alcazaba, y á la voz de «mueran los traidores», pasó á cuchillo á el hermano del alcaide y á cuantos osaron resistir. En seguida mandó llamar á todos los principales habitantes, que acudieron temerosos por las escenas que acababan de ejecutar. Cuando en su abatimiento y silencio profundo conoció el dominio que ejercía sobre ellos, les dijo:

—Os he convocado para deliberar sobre la conservación de nuestra creencia y nuestra patria, y una sola pregunta tengo que haceros. ¿Quién de vosotros es el que no se halla resuelto á defender esta ciudad conmigo hasta el último suspiro?

Todos sin réplica atestiguaron su lealtad y decisión.

—Así lo esperaba de vosotros, y el pérfido y traidor alcaide que tan mal interpretó vuestros leales senti-

mientos, ya sufrió el castigo merecido. Ya no existe el que creyó que leales musulmanes titubearían en morir por su religión y su patria. Que no se hable ya de sumisión; aun tenemos medios de defensa y tropas acostumbradas á lanzarse en medio de los escuadrones enemigos. Solo os falta elegir el jefe que ha de guiarlos.....

Hamet fué interrumpido por los gritos y aclamaciones de la multitud, designándole como jefe de la empresa, mientras que él, redoblando su ferocidad natural con el entusiasmo que le causaban las aclamaciones del pueblo, gritó puesta la mano en el puño de su cimitarra:

—¡A las armas, pueblo de Málaga! Que se arme hasta el último de vosotros para combatir á muerte. El alcaide que ahora nombráis será citado entre los valientes que murieron defendiendo su patria; pero nunca entre los cobardes que sobrevivieron á su ruina.

El espíritu de los habitantes cambió tan absoluta como prontamente á vista de tan formal resolución. Por todas partes se activaban con ardor los preparativos de defensa, y en tal situación las tropas llegadas de Guadix y tan audazmente introducidas en la plaza, fueron miradas como un auxilio del cielo, que acrecentó el valor y la esperanza de los habitantes. Aquellos mismos que antes trataban de capitular salían ya animosos á inquietar á los enemigos en frecuentes escaramuzas. Los cristianos, sin embargo, adelantaban cada día mas en las operaciones del sitio: dueños de importantes alturas y de los desfiladeros en donde los moros pudieran cortar el paso de las tropas y viveres al ejército, habían establecido el campamento con baterías en diferentes puntos de la línea, mientras que la armada cruzaba en el puerto, de modo que la plaza se hallaba completamente sitiada por tierra y por mar. La venida de la reina Isabel al campamento aumentó el entusiasmo de las tropas, cuyas fatigas y peligros quería compartir, dando así una muestra de que no se había de levantar mano de aquella empresa hasta conseguir el triunfo. No hubo ataque de plaza en toda la campaña en que se hiciesen por una y otra parte tantos esfuerzos para sostener la lucha con igual tesón. Torres y máquinas de guerra para facilitar los asaltos, grandes escudos de madera para resguardar á los soldados, y otros artificios bélicos se pusieron en ejecución, y la artillería se puso en juego durante este sitio, de una manera sin ejemplo en la táctica militar de la época. Los certeros disparos habían echado á tierra los torreones y murallas del arrabal, del que se habían apoderado los cristianos. Ya no se trataba mas que de fijar el sitio de la muralla por donde debía verificarse un asalto general; pero antes era preciso apoderarse de una fuerte torre situada al estremo de un puente de cuatro arcos que comunicaba con la ciudad. Apenas los moros conocieron el designio de las tropas castellanas, acudieron en gran número á la defensa de su torre, mientras que los cristianos, después de haber amagado el ataque, se retiraron en buen orden permaneciendo sobre las armas á cierta distancia. Creyendo los moros esta retirada efecto de cobardía los insultaban y llamaban al combate, mostrándoles para mayor ignominia una bandera cogida poco tiempo antes, instándoles que fuesen á ganarla. De improviso un espantoso trueno hizo estremecer el campo entre remolinos de humo y polvo, que disipados, dejaron ver la torre arruinada con parte de sus defensores. Los cristianos avanzaron entonces, y después, de una sangrienta lucha quedaron dueños de aquel importante puesto y todas sus avenidas.

Cuando el Rey Católico pasó á reconocer la brecha, armó caballero sobre las mismas ruinas al jefe de artillería Francisco Ramirez de Madrid, por su valor é ingeniosa invención tan bien calculada; puesto que era la vez primera que se hacia este uso de la pólvora en las minas.

III.

El santon moro llegado de Guadix al socorro de Málaga había fijado su residencia en una alta torre del castillo de Gibralfaro. Las arabescas y caladas ventanas de su aposento le permitían disfrutar por todas partes la vista de un delicioso paisaje, animado con el campamento de los cristianos y la agitación que es consiguiente. El hermoso y transparente cielo de Andalucía, blanco de las investigaciones del astrólogo, también se descubría desde aquella altura hasta un horizonte indefinido. Hallábase el moro sentado en sus blandos cogines de seda, ante una mesita incrustada de arabescos, sobre la que yacían revueltos multitud de pergaminos en los que había trazados extraños caracteres y figuras cabalísticas. Cuando mas ocupado se hallaba el derviche en el estudio de aquellos caracteres, entró á visitarle el caudillo Hamet, sin que por eso se sorprendiese ni abandonase su ocupación.

—Sabio alfaquí, dijo Hamet, tú que lees en el libro del destino, tú á quien las estrellas practican la suerte de los mortales, dínos si la hora del combate ha sonado. Los enemigos han llegado ya hasta nuestras murallas, los medios de resistencia se nos agotan de día en día, el pueblo ya pide á gritos el sustento de que carece, y mis guerreros antes que espirar sin gloria dentro de estos muros á impulsos de una lenta agonía, quieren perecer en la campaña.

—Aun no ha llegado la hora de la venganza, contestó el moro con voz solemne; pero esta ya se acerca y con ella el principio de nuestra libertad. Escrito está, continuó señalando á los pergaminos que tenía sobre la mesa, escrito está, que debemos hacer una salida y destruir el campo de los infieles. Allah entregará todos nuestros enemigos al filo de nuestras cimitarras; pero esto no sucederá hasta que yo salga al frente de vosotros llevando esta bandera en mis manos.

Levantándose al decir estas palabras, desarrolló á vista de Hamet una hermosa bandera blanca, que pasó luego á fijar en una de las ventanillas de la torre.

—Valiente Hamet, le dijo, baja y dí al pueblo de Málaga que sus males acabarán el día que esta bandera desaparezca de la torre. A ese pueblo que se queja de hambre, dí que pronto se saciará en aquellos montones de viveres y de trigo que desde aquí se descubren en el campo de nuestros enemigos, y á tus impacientes guerreros dí que en breve llevarán el exterminio en medio de aquellas tiendas de campaña que aniquilarán á sangre y fuego.

—¿Cumplase la voluntad de Allah! exclamó Hamet, obedeciendo al derviche, al que juzgaba de buena fé como un hombre inspirado.

Bajaba Hamet mas animoso de la torre á consolar á los tristes y abatidos habitantes con las promesas del santon, cuando llegaron á sus oídos las voces de: ¡Muera! ¡Traidor! y otras imprecaciones que salían de una multitud de moros que se dirigían á la Alcazaba, desde una puerta de la ciudad. Descollaba entre los turbantes el penacho de una armadura cristiana, y esta circunstancia impuso á Hamet de la causa, del tumulto. Sin embargo, la entrada en Málaga de un campeón del ejército sitiador no podía ser ocasionada mas que por algun mensaje de los Reyes Católicos que consigo trajese, y temeroso de que el pueblo cometiese algun desmán, se acercó para preservar de todo insulto la persona de quien podía reputarse como un embajador.

Efectivamente, el desconocido después que se anunció á Hamet con este carácter, habló así:

—Los poderosos reyes de Aragon y de Castilla cuyas valientes tropas ya han puesto el pie sobre estas murallas, me envían á ti; oh Hamet! para saber hasta cuando quieres persistir en una defensa que acabará por su irreme-

diabla destrucción. Ahora que conocen te es imposible resistir, dan una prueba de compasión hacia este pueblo, proponiéndote el entregar las ruinas que aun defiendes, antes de experimentar las desgracias del último asalto.

—¡Nunca! exclamó Hamet, pudiendo apenas reprimir su cólera. Que vengan esos infieles, si se atreven, a fijar su bandera en los restos de nuestras murallas.

Como el pueblo contestase con aplausos a las acaloradas palabras de su jefe, el enviado volvió a insistir con calma.

—¿Y con qué medios de resistencia contais? ¡ilusos! El rey Boabdil, mas temeroso de los suyos que de los monarcas cristianos, no osa salir de los muros de la Alhambra, mientras que el rey Zagal vencido, se acoge fugitivo a los muros de Guadix. Vuestras murallas están desmoronadas.

—Aun me quedan estos valientes para defenderlas, contestó el impaciente Hamet, señalando a sus Gomeles, de entre los cuales adelantándose uno, gritó:

—Sí, las defenderemos; pero antes es preciso castigar a los infames que nos venden.... Al traidor venido a esta ciudad para seducir al pueblo y provocar en él la sedición. ¡Hamet! el que te habla no es cristiano, es un apóstata de nuestra religion que vistiendo el traje de nuestros enemigos, ha entrado aquí para facilitar su triunfo.

—¡Será posible!—¡descubre tu rostro! dijo Hamet al embajador.

—Antes de ver mis facciones, ¿no te revela tu corazón que tienes delante a tu mortal enemigo?... ¿No? pues mírame.

Alzó entonces la visera del casco que había tenido casi cerrada hasta entonces, y los musulmanes reconocieron en él a su antiguo alcaide Albocen Connexa. Este como poseído de un cierto furor, siguió dirigiéndose a Hamet.

—Algun día era yo tu señor; pero al fin me despojaste de mi cargo y has usurpado mi autoridad. Diste la muerte a mi hermano y has cubierto de sangre y de luto esta ciudad. En medio de este pueblo que tú has hecho infeliz y dentro de estos muros donde estás encerrado, vengo a manifestarte lo efímero de tu triunfo y a intimarte la rendición ó la muerte.... la muerte que me vengará de tus ofensas.

—Estoy pensando, contestó Hamet con alegría infernal, que es lo que te ha traído a buscar así la muerte!

—Mi odio antes que todo. Mi odio no satisfecho hasta que te anunciara por mi mismo, que está segura mi venganza: que pronto veré postrado a mis pies al asesino de mi hermano. Podré morir....; mas tú también perecerás antes que otro sol se presente en el horizonte, no pudiendo resistir al rey de Castilla que es mi protector.

—Soldados, gritó Hamet, que se vuelva este hombre con su rey de Castilla y para que lo ejecute mas pronto arrojadle por encima de las murallas.

El infeliz Albocen, arrastrado por una turba furiosa, fué lanzado a impulso de una catapulta desde lo alto de las murallas de Málaga, yendo a caer exánime ante las filas de los sitiadores.

IV.

Despuntaba la primera claridad de un bello día sobre los muros y campiña de Málaga, cuando la bandera blanca desapareció del castillo de Gibralfaro, y bajando con ella el fanático derviche, dijo al valiente Hamet.

—La hora de la victoria ha llegado. Sal, hijo de Ala, y los infieles caerán bajo tu cimitarra como las doradas espigas bajo la hoz del segador.

Al momento Hamet se puso al frente de sus Gomeles. El intrépido Abraham Zenete reunió el resto de los guer-

teros, y el mismo santón con su bandera blanca se colocó en las primeras filas. Un movimiento extraordinario se notaba en Málaga aquella mañana. Unos corrían a las armas y a incorporarse en las filas, otros saludaban a los guerreros con sus aclamaciones, otros se prosternaban ante la bandera que tremolaba el derviche, y los que no podían manejar las armas, las mugeres, los ancianos y los niños subían a los terrados, a las murallas y a las torres, para presenciar aquel último combate en que se aventuraban sus mas caros intereses.

El ataque fué tan imprevisto como impetuoso, y diferentes cuarteles del campo fueron asaltados al mismo tiempo. Los moros combatían como desesperados, sin dar cuartel, blandiendo sus cimitarras sobre las cabezas enemigas y lanzando rugidos de furor. Los feroces Gomeles habían escogido para su punto de ataque la parte del campo que guardaban los caballeros de Santiago y Calatrava, y el intrépido Abraham Zenete al frente de ellos, arrolló los primeros puestos, atravesó las trincheras y llegó hasta las tiendas de campaña. La casualidad le hizo entrar en una de ellas donde había algunos niños cristianos que despertaban azorados con el ruido del combate. Cuando ellos vieron delante aquel formidable musulmán, llevando su terrible espada manchada de fresca sangre, se pusieron temblando de rodillas, levantando sus manitas hacia el moro y pidiéndole compasión con lastimero acento; pero el generoso Abraham no hizo mas que tocarlos de plano con el sable, diciéndoles:

—Niños, id con vuestros padres.

Como el sanguinario derviche le reconviniere despues por su clemencia, el valiente Abraham le contestó con resolución:

—¡No los maté, porque vi que no tenían barbas en la cara!

Entre tanto todo el campamento se había puesto sobre las armas. Los maestros de Santiago y Calatrava traían sus formidables huestes a la carga con aquella serenidad, silencio y sangre fría mas aterradores que la algazara y ardor de la morisma. La artillería de algunos atrinchamientos empezó a lanzar de flanco su metralla contra los pelotones enemigos, y la flor de los caballeros españoles se ballaba empeñada en la lid. Lid prolongada y sangrienta, la última tal vez entre las memorables de los moros en España. El combate estaba generalizado en todo el campo, y por todas partes resonaban las trompetas y voces de mando, entre el ruido de las armas y descargas de artillería. Los musulmanes se batían como desesperados; pero hallando tan vigorosa resistencia y viendo el campo cubierto de cadáveres de los suyos empezaron a ceder; mas apenas en algun punto se daban muestras de abandonar la lid, allí aparecía como por encanto el derviche agitando su bandera y reanimando a las tropas con sus fatídicas palabras. Varias veces intentaron algunos célebres capitanes del ejército cristiano abrirse paso por entre las masas, para llegar hasta aquel maldito santón; pero siempre les fué impedido por las fanáticas turbas que se sacrificaban por conservar la que ellos miraban como prenda segura de su victoria. Sin embargo, cuando mas enardecido animaba a los suyos, una piedra lanzada por certero y vigoroso brazo vino a herirle de muerte en la cabeza, haciéndole rodar por el polvo a él y a su bandera.

La caída del derviche llenó de espanto y consternación, no solo a los que animosos peleaban en la llanura, sino a los mismos habitantes de Málaga, que desde lo alto de sus edificios seguían ansiosos los movimientos de los ejércitos. Poseídos de un terror supersticioso, empezaron a huir en desorden a la ciudad. En vano Hamet hacía inauditos esfuerzos para contener a los fugitivos ó por lo menos sostener la retirada. Sus principales guerreros estaban muertos ó heridos, y aun en él mismo había hecho la impresión mas funesta la muerte de su reverenciado profeta. Cubierto de polvo y de sangre, envuelto entre sus mismas

tropas fugitivas y aun entre los mismos cristianos que vivamente las perseguían, entró en Málaga donde escenas mas lastimeras le esperaban. Las mugeres le atestaban de maldiciones, las esposas cuyos maridos y las madres cuyos hijos quedaban muertos en la llanura, querían furiosas arrojarle sobre él, y las que aun conservan á su

lado hijos de menor edad pero estenuados y moribundos de hambre, se los presentaban al paso, gritándole exasperadas por el dolor:

—¡Bárbaro! completa tu obra; p' salos entre los pies de tu caballo!



V.

Destrozadas por el ejército sitiador las mas valientes tropas de Málaga, desplomadas sus torres, desmoronadas sus murallas é incendiados sus edificios por los fuegos de la artillería enemiga, ya no les quedaba mas recurso que entregarse, á los infelices habitantes á quienes diezaban cruelmente los rigores del hambre. Acostumbrados á una vida pacífica, no habían podido sobrellevar el cansancio de tan largo sitio, y los que no habían perecido en los ataques, se hallaban tan debilitados que apenas podían sostener el peso de las armas. La resistencia era ya tan inútil como imposible; esto así que fué conocido por el feroz Hamet, se retiró con el resto de sus Gomeles á la fortaleza de Gibralfaro, donde á su parecer todavía esperaba hallar un asilo tan seguro como inespugnable. Desde aquella altura podía contemplar con feroz sonrisa el lastimoso espectáculo que ofrecía la población casi arruinada, y se sustraía á los clamores é imprecaciones de los que le acusaban como el autor de los males que habían sobrevenido en la ciudad.

Apenas los habitantes se vieron libres de su atemorador dominio, cuando pensaron en obtener algunas condiciones favorables del Rey Católico, entregándole desde luego la ciudad. Una comision que con este objeto pasó al campamento cristiano, sufrió la mas áspera repulsa y ni aun el permiso se le concedía de hablar al monarca. Hallábase este altamente irritado, no solo por la obstinada defensa de los habitantes de Málaga, que tan buenos guerreros le habia costado, sino porque habiéndoles ofrecido á debido tiempo el perdón y favorables condiciones, las habían despreciado maltratando á sus mensajeros, por esto cuando al fin consiguieron presentarse al monarca, estalló su cólera diciéndoles:

—Volved á vuestra ciudad; habeis persistido en una

defensa inútil, hasta que la necesidad os obliga á capitular: ahora yo no quiero escucharos.

—Señor ¡perdon! Imponednos las condiciones que gustéis; nosotros las aceptamos.

—No hay perdón. Los dias de clemencia ya han pasado. Tal vez dentro de pocas horas Málaga será mia y entonces sabreis las condiciones que os esperan.

El inflexible carácter de Fernando y su dura respuesta comunicada á los sitiados, los llenaron de la mayor consternacion, y estaban próximos á tomar una resolucion desesperada, cuando la fama de la humanidad y bondadoso carácter de la reina Isabel les hizo esperar de su generosidad algun remedio. Esta ilustre reina, que tomaba tanta parte en las empresas bélicas de su esposo, habia venido tambien al campo para animar á sus tropas y hacer entender á los sitiados, que los Católicos Reyes no levantarían mano, hasta apoderarse de la ciudad. No se engañaron los sitiados en su esperanza, y Ali-Dordux á quien comisionaron al efecto, pudo al fin interesar á la católica reina, cuyo sensible corazón no queria manchadas de sangre las palmas de su triunfo. Por su medio obtuvieron la necesaria proteccion las desgraciadas familias de Málaga, cuando al fin quedó la ciudad en poder del vencedor.

Bramaba de cólera el formidable Hamet el Zegri cuando vió el estandarte de la Cruz y la bandera de Santiago tremolar en la Alcazaba, cuando escuchó los gritos de triunfo de los cristianos, y cuando desde lo alto de sus murallas notó que los habitantes de Málaga salían al encuentro de los vencedores, y compraban ó recibían agradecidos de sus manos los viveres que tanto necesitaban.

—El pueblo de Málaga, exclamó lleno de cólera, se ha puesto en manos de un comerciante y este le ha vendido. A nosotros aun nos quedan armas fieles en nuestras manos, y murallas entre cuyas ruinas pereceremos combatiendo por nuestra religion y nuestro monarca.

La consternacion, el abatimiento profundo de sus

Cometes le hizo comprender que no participaban de su entusiasmo.

—¿Quién de vosotros, preguntó, se halla resuelto á defender esta torre hasta el último suspiro?

El silencio fué la única respuesta de aquellos guerreros, rendidos por el hambre y la fatiga. Conoció entonces que era preciso capitular, y envió con este objeto un heraldo á los Reyes Católicos. La respuesta fué tan pronta como terminante:

—Rendirse á discrecion.

—¿Cúmplase la voluntad de Allah! exclamó Hamet; pero este acero que me fué dado para defender esta plaza

y no para rendirla, no caerá en manos de mis enemigos.

Hizo entonces pedazos su cimitarra contra los sillares de la muralla, como último desahogo de su rabia impotente, y bajó con sus últimos compañeros á entregarse á los vencedores. Todos fueron condenados á dura y perpétua esclavitud, y aherrajados con las mismas cadenas que se acababan de quitar á los cautivos cristianos de las mazmorras. Uno solo entre aquellos obstinados guerreros halló gracia ante los soberanos, y fué esceptuado de suerte tan funesta. Era este Abraham Zenete.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL ORIGEN

DE LOS AGUINALDOS

Ó REGALOS DE NAVIDAD Y DE AÑO NUEVO, Y DEL ORIGEN É HISTORIA DE LOS ESTRECHOS

L

Nunc dicenda bona verba die.
OVIDIO.



ice Covarrubias en su Tesoro de la lengua castellana, «que aguinaldo es lo que se presenta de comer ó vestir por la fiesta de Navidad, á cuyo presente llamaron los latinos *xenium*, *munus hospitibus dari solitum*, y que de esta palabra mudando lax en g se dijo genialdo, y añadiéndole el artículo agenialdo, y corrompido del todo aguinaldo.» La voz aguinaldo la quieren unos derivar de la lengua hebrea, otros de la árabe, y otros de la griega; no faltando, según el mismo Covarrubias, quien quiera que se derive de *aglaudo* ó *aglaudibus*, bellotas, fundándolo en que en este tiempo se acostumbraba á dar á los niños nueces y bellotas con que jugase, según se colige de uno de los emblemas de Alciato. Dice Suetonio, que el primer día del año se hacían presentes á los reyes griegos en señal de reconocimiento, los cuales se llamaban en griego *apophoneta*, que significa llevar presentes. Si analizamos el significado y costumbres de los días geniales del mes de diciembre de los gentiles en que unos á otros se mandaban regalos de alguna cosa de comer, cuyos regalos se siguieron por los cristianos, y se mandaron suprimir en el concilio Altisidoriense, teniéndolos por diabólicos, solo porque los usaron los gentiles, encontraremos una semejanza de los regalos que con motivo de la entrada del año se hacen todavía en España, y se hicieron en tiempo de los emperadores romanos, como se vé en el cap. 42 de la vida de Calígula, y en el 37 de la de Octavio César. El primer regalo entre los griegos fué un ramo de verbena, que se daban al visitarse y felicitarse en la entrada del año, y después se introdujeron los regalos de frutas.

Tratando Nonnius Marcellus en su libro de *verborum elegantia*, de la palabra *strenæ* que es la que en latín conviene á nuestros aguinaldos de año nuevo, da el origen siguiente á esta clase de regalos. Reinando en Roma Tatiús, rey de los sabinos, con Rómulo, se regaló al primero el primer día del año unas ramas floridas de un bosque consagrado á la diosa de la fuerza y de la industria Strenia ú Strenna, y mirando Tatiús este regalo como un buen agüero, le dió el nombre de Strenæ, poniéndose á la diosa Strenia desde entonces, en el catálogo de las divinidades que presidían á los presentes y regalos inesperados. Dice Simmaco que Tatiús fué el primero que recibió la verbena del sagrado bosque de la diosa. Desde esta época aparece que los romanos se regalaban el día de año nuevo higos, dátiles y miel, á fin de manifestar á sus amigos que se les deseaba una vida agradable y dulce; y los aldeanos, pastores ú arrendadores estaban obligados á llevar el aguinaldo á sus señores ú amos, al cual unían una moneda de oro ó plata. El primer día del año se acostumbraba á visitarse las familias unas á otras y á disfrazarse bajo la forma de diversos animales; los hombres se transformaban en ciervos y en bueyes, y las mugeres en becerrillas y ciervas, de suerte que puede decirse tenían máscaras en este día. El anticuario Caylas, en su tomo 4.º, página 286, número 3, describe un vaso de barro del que da el dibujo, en el que se lee: *Annum Novum Faustum Felicem tibi*, y otro que dice también: *Annum Novum Faustum Felicem mihi et Filio*, lo que prueba que los romanos se regalaban el primer día del año vasijas de felicitación, y así lo prueban Gronovius, en su obra de antigüedades, tomo 9, página 202 y 207, y Spon en su Dactiloteca, con referencia á sortijas con piedras de inscripciones de esta naturaleza, pues pobres y ricos todos se hacían presentes en tales días.

En la edad media se mudó esta costumbre, y lejos de darse mutuamente este día, ninguno se atrevía á prestar nada á su vecino, porque no había obligación de devolver los préstamos que se hacían en semejante día, de cuya costumbre aun quedan rezagos en España en que se dan buenos petardos el día de los Inocentes; pero en contraposición todos ponían mesas con comida á las puertas de las casas, para que tomasen de ellas los pasajeros, y se ponían también en ellas presentes supersticiosos para los malos espíritus. La iglesia, como ya hemos dicho, prohibió á los cristianos el regalarse el día de año nuevo, por ser costumbre del paganismo; pero el pueblo no quiso perderla, y ya que no podía regalar á sus amigos, imaginó dar algo al demonio para que se conservasen los aguinaldos, como se ha logrado. La iglesia, á solicitud de Carlo-Magno, condenó los presentes de las mesas llamados aguinaldos del diablo por los cánones, y se quitó una costumbre

que pudo originarse de lo que acabamos de decir, ó ser un resto ó imitación del culto que rendían los romanos el primer día del año á las divinidades que presidían los festines familiares y de amistad.

Quitada la costumbre de los presentes supersticiosos y de las mesas públicas de año nuevo, se hicieron dar los curas y los señores aguinados por sus feudos, esclavos y dependientes; de suerte que pasando á la iglesia los aguinados del diablo, los ministros mismos que los prohibieron, los santificaron en beneficio propio. La mayor parte de los señores feudales, recibían en plata ó en géneros el día de año nuevo un aguinaldo obligatorio, pues en vez de ser los aguinados en su origen, como hoy, un testimonio de amistad entre los particulares y voluntuario, en los tiempos medios fué una onerosa contribucion de las muchas con que los tiranos afligieron á la humanidad.

II.

Salve festa die melior que revertere semper.

(OVIDIO.)

Conviniendo al genio y carácter de los españoles todo lo que tenga visos de generosidad y de galantería, no pudo menos de ser acogidos con entusiasmo los aguinados ó regalos del primer día del año, si bien la costumbre los ha consignado en España la víspera de la *Natividad* para los pobres y de estos á los ricos; los de estos á sus iguales el primer día de año nuevo, y los de los soberanos y grandes señores el día de Reyes. Esta division de clases á este objeto, hace que se diga que en España hay tres *Noches-buenas*, que son las de las vísperas de los tres días espresados, y efectivamente los reyes la celebran el 5 de enero. Entre la tropa se celebra la noche buena el 24 de diciembre, y en ella se sirve, desde muy antiguo, la mesa de los soldados en los cuarteles por los mismos gefes, que se complacen, este día, en obsequiar á sus subordinados.

Si fuera nuestro ánimo el dar razon de la festividad que ha merecido entre los egipcios y demas pueblos antiguos el AÑO NUEVO, veríamos algunas costumbres que se asemejan á no pocas de las nuestras; pero como no podemos prolongarnos demasiado en este artículo, nos bastará decir por ahora, que todos los pueblos han festejado la entrada del año, habiéndole divinizado algunos, creando un dios material al que los gentiles erigieron estatuas como los egipcios lo hicieron á su Anubis. El curioso que desee ver las figuras ó representaciones de estas divinidades ideales, puede consultar los tomos 19, 27, 34, y 53 de la obra de la Academia de Inscripciones de Paris, en los que podrán apurar esta materia.

Entre los pueblos que mas solemnizaron el Año nuevo, fueron los persas y los chinos, conservando aun estos en toda su pureza la costumbre primitiva. Los escritores que nos han transmitido las ostentosas fiestas de los persas y de los chinos, entre quienes se han distinguido Bardon, Leus, Winckelman, d' Aucauville y otros anticuarios, dicen que un jóven ricamente vestido iba entre los persas el primer día del año á la aurora, á anunciarlo al rey, y al entregarle un aguinaldo ó presentes simbólicos le decia: Yo soy ALMOBAREK, (es decir el Mensajero feliz) recibe en nombre de Dios, el nuevo año. Los cortesanos y el pueblo iban despues al palacio del soberano á rendirle homenaje, y á augurarle mil prosperidades: le ofrecían un pan que distribuían en pedazos entre los magnates despues de probarle él mismo. Igual fiesta se celebra entre los perisís. Los chinos cesan en todas sus labores durante esta festividad, y cerrándose tambien todos los tribunales, acostumbra á poner en las puertas de sus casas el simulacro de sus divinidades custodes. El pueblo se en-

trega á toda clase de diversiones y se visitan los parientes y los amigos mutuamente. El emperador distribuye el almanaque que ha de regir en el año que entra, á los mandarines, y estos haciéndole reimprimir en cada capital, le reparte al pueblo. La costumbre de repartir el almanaque el primer día del año, fué seguida tambien por los antiguos mejicanos; cuyo sistema en este género es admirable.

El primer día del año en Roma, fijaba el pretor en el templo el *Clavus annalis*, el que servía para establecer la cronología de los años, antes de consignarse por medio de la escritura, uso conservado en respeto á la antigüedad. En los primeros tiempos de Roma, solo se regalaba el primer día del año á las personas respetables por su categoría ó virtudes, lo que se repetía en las fiestas de Minerva, época en la que regalaban los estudiantes á sus maestros. No tardó en generalizarse la costumbre hasta el extremo de tenerse por un punto de religion, no solo el visitarse el primer día del año nuevo, sino de enviarse las estrenas ó aguinaldo, deseándose felicidades y buena suerte en todo él. En tiempo de los emperadores, (como ahora) fué este día de corte universal, recibiendo en ella al pueblo que acudia á felicitarles, y á entregarles personalmente una cantidad metálica con arreglo á las facultades de cada uno. Ascendían tanto las espresadas cantidades, que el emperador Augusto mandó comprar y hacer con el producto ídolos de oro y plata, y cuando él no se hallaba en Roma en semejante día, los aguinados metálicos se llevaban al Capitolio, á fin de que se destinasen á tan piadoso objeto.

Ocho dias invertían los romanos en obsequiarse con los aguinados; pero Tiberio, segun Suetonio, lo redujo á solo el primer día del año, y á fin de librarse de la incomodidad de recibir al pueblo, se ausentaba de Roma en dicho día. El emperador Caligula, al que debieron gustar mas los aguinados, hizo publicar un edicto anunciando al pueblo que recibiría de buena gana cuanto quisieran enviarle, lo que prohibió despues Claudio por otro edicto contrario: la prohibicion solo duró lo que su imperio, pues que las estrenas se siguieron dando á sus sucesores, como se advierte todavia en tiempo de Claudio el Gótico.

Divinizados los aguinados por medio de la diosa *Estrena* que los presidía, se tuvo por falta irreligiosa el no seguir en la costumbre, y despues de cumplir con ella los romanos, acudían al templete de la diosa situado en la *Via sacra*, en donde se la rendían sacrificios el primero del año, á darla cuenta de haberla honrado debidamente en los presentes que se habían hecho.

Siguióse esta costumbre en los primeros siglos de la Iglesia cristiana, hasta que los concilios y los santos padres predicaron contra su uso; pero como los cristianos, adjurando de toda idea pagana, hicieron que los aguinados apareciesen solo como muestras afectuosas de sincera amistad ó de religioso reconocimiento, la iglesia, no solo toleró los aguinados, sino que los admitió.

Don Juan de Salas Calderon, en su erudito *Gabinete de Antigüedades*, deriva el origen de los aguinados españoles de las fiestas saturnales, que Jano instituyó en Italia en obsequio de su civilizador Saturno, fiesta que fijó Numa Pompilio, rey de Roma, en diciembre, que era el décimo y último mes del año arreglado por su antecesor Rómulo. Dice este autor, refiriéndose á Macrobio, en su libro primero, capítulo sexto de las saturnales, que se solemnizaban estas fiestas con gran aparato, sacrificios, juegos, luminarias, banquetes y opíparas cenas, y que en tales dias se mandaban regalos unos ciudadanos á otros, recordando ser fruto de la abundancia y de las artes que enseñó el dios Saturno, á cuya costumbre alude el satírico Marcial en su epigrama 106 del libro primero. Siguiendo en su propósito el espresado autor, pretende, que de los romanos tomaron los españoles la costumbre, y que po-

sesionados de ella, al paso que la España fué recibiendo la luz evangélica, se fué sustituyendo á la solemnidad gentilica de las saturnales, la festividad del Nacimiento de Cristo, y se siguieron los regalos con el nombre de aguinaldos, aunque con diferente motivo. No concediendo nosotros á Calderón, la derivación de los aguinaldos de las saturnales, por parecernos aun mas fabuloso que el que señalan los autores que hacen á *Tatius* el inventor de ellos, creemos si, que con el tiempo vino la costumbre á unir la festividad de Saturno con los obsequios de Estrena, y tambien convenimos en que los españoles tomarian esta costumbre de sus invasores.

Convenidos en el origen de los aguinaldos, falta ahora antes de entrar á descubrir el de los estrechos, en que se divierten la víspera de Reyes nuestras familias, el señalar el de los años, ó sea la poética costumbre de sortearse el primer día del año los hombres con las mugeres, y unos y otros con santos á quien tener devoción.

III.

ORIGEN DE LA COSTUMBRE DE SORTEAR LOS AÑOS Y ESTRECHOS.

Los egipcios, griegos y romanos, deificaron el día de año nuevo, materializándole los primeros bajo la figura de un perro con dos cabezas, y los segundos y terceros, bajo la de Jano Brifonte. La opinion de unos y otros era de que esta divinidad cerraba y abría el año, y á él, por un efecto y por otro dirigian sus preces, solicitando la felicidad humana; pues el año nuevo en su principio se tenia por auspicio, y de él se sacaban vaticinios, como se recoge de Ovidio, cuando congratula al emperador Germánico diciéndole en sus fastos: «*Ecce tibi faustum, Germanice, nunciat annum.*» Entre los romanos el año nuevo puede decirse que era la festividad mas solemne, pues que en él se sacrificaban víctimas que no habían sido sujetas al yugo, se renovaba el fuego en el templo de las vestales, apagando el antiguo y sacando el nuevo del pederal, de cuyo fuego se proveía á todos los templos y casas particulares, segun escribe Plencio en sus Geroglíficos de los persas, y Macrobio en sus Saturnales, de los romanos. Se quemaban en el nuevo fuego esencias y aromas, se renovaban los laureles en el Capitolio, se pagaba á los maestros las pensiones por los discipulos, se arrendaban los tributos de todo el año, las matronas daban y servian á sus esclavos una abundante cena, así como los amos, segun Macrobio, lo hacian el primer día de las saturnales, que equivale á nuestra Noche-Buena, se juntaban los comicios, nombraban los cónsules, los decuriones y otros magistrados, y se hacian regalos, como ya hemos dicho, y de los que habla Alciato en su emblema 45 y Ovidio en muchos versos, entre otros el que dice: «*Et damus alternas, accipimusque preces.*» Si hemos de creer á algunos poetas latinos ó historiadores, la costumbre de festejarse en verso, se conoció ya en Roma en este día, pues Ovidio mismo lo hace, como hemos insinuado con Germánico, y en verso están las mas veces las dedicaciones que seven en los vasos estrenas, que han llegado hasta nosotros; empero si se puede creer así, no puede afirmarse practicasen esta costumbre como actualmente nosotros, y es preciso buscar el origen mas próximo á nuestros dias.

La costumbre de reunirse los amigos y las familias para echar los años, segun vulgarmente se dice, no pasa de los tiempos de la edad media, y de la época de los trovadores. En las biografías de algunos de la Provenza y de los de Aragon, leemos que se cantaban años en versos armoniosos á las damas que este día recibian á los trovadores amantes en su casas, reuniendo la familia para oírlos, y hemos visto un arresto de las Cortes de Amor de Avignon, por el que se condenó á un amante á pedir perdón á su querida delante del parlamento de amor, por no

habérta cantado el año nuevo, segun la costumbre, y otro multando, en un beso que debía dar á su amante, á una doncella, por no haber abierto la ventana cuando aquel la cantaba el año nuevo. En las poéticas cortes de los reyes trovadores de Aragon, y en la del amigo de los poetas Juan II de Castilla, se sabe que se trovaba el día de año nuevo, y que reunidas todas las hermosas damas de la corte, los hombres aguzaban el ingenio para poder leer versos en alabanza de la señora de sus pensamientos, deseando una felicidad sin limites en todo el año. El marqués de Santillana tiene entre sus obras inéditas una serranica, como él llama á sus composiciones bucólicas de verso corto, en la que festejaba un baquero á su amada el día de año nuevo, describe, por decirlo así, la costumbre de su época. Ya antes el marqués de Villena habia practicado en la corte de Aragon del rey don Martin, el juego de la suerte, que consistia en poner nombres de damas en una caja, y de galanes en otra, á sacarse para ver cual caia con cual, juego muy divertido, que ha llegado hasta nosotros, si bien en vez del regalo que hoy debe hacer el caballero á su dama con quien cae de año, segun el uso establecido, en aquellos tiempos consistia en una cinta de color que daba la dama al caballero y vice-versa, que debian llevar á la vista hasta el día de los estrechos, ó de Reyes. La costumbre que hay hoy de echar con los nombres á suerte versos compuestos ad hoc, en que se hablan el galán y la dama, debió originarse de las canciones indicadas de los trovadores; lo cierto es que en España, se conoce de muy antiguo, habiendo estado en mucho auge en los reinados de Felipe III y IV, en los que compusieron graciosos motes de años, Vega, Moreto, Gervantes, Calderon, Góngora y otros poetas, y sobre todo el ingeniosísimo y mordaz Quevedo.

De estos reinados posee la Biblioteca Nacional muchos motes de años, ya de dichos poetas, ya de otros, y sobre todo una coleccion de los hechos á las damas de palacio, en cuyo recinto parece que estuvo la costumbre en gran boga, y se celebró con mucha ostentacion. Hoy no se halla en España tan vigorosamente observada; pero en Madrid hay mas de la mitad de la poblacion que se ocupa divertidamente en esta tarea la noche víspera de año nuevo, y casi todas las esquinas están llenas, durante ella, de vendedores de versos y tarjetas para echar la suerte del año.

La supersticion entre los antiguos tenia imperio tambien sobre el primer día del año, y sobre los regalos ó aguinaldos, así como sobre los estrechos, se tenia por mal agüero, el que el hombre viesse al salir de su casa el primer día del año, un perro antes que una persona, y una vieja antes que una jóven, y vice-versa; por mal año se reputaba para el regalado, si el aguinaldo se le caia al portador al entrar en su casa, y si caia por estrecho ó año la muger ó el hombre con el diablo, á quien se metia en suerte con nombres de santos y ángeles. Tambien entristecia en estas festividades el caer con hombre ó muger que tuviese 65 años. Esta última supersticion nacia sin duda de la opinion mala que se tenia de los años climatéricos, que eran los reputados de fatales por los astrólogos, los cuales se contaban de siete en siete, y el año 65 era considerado por el mas fatal, por ser producto de la multiplicacion del 7 con el 9, opinion que propagaron los caldeos, fundándose en que cada uno de los siete planetas tiene un año que es enemigo de las cosas, en cuyo error cayó Varrón y otros sabios, siendo uno de los que mas preocupados estuvieron, el emperador Augusto, que se contemplaba feliz cuando no tuvo que temer otro año 65. Como estas supersticiones podriamos contar muchas, de las que aun quedan rezagos entre el vulgo de nuestra España y de los demas países.

Difícil nos ha sido el encontrar algo que tenga relacion con la costumbre que hay la víspera de Reyes de

echar los estrechos, que viene á practicarse de la misma suerte que hemos descrito de los años; pero despues de nuestro constante empeño hemos hallado que en los tiempos de Roma el octavo día de las estrenas, que era el ultimo que se regalaba, era el día en que se iba á hacer el sacrificio á la diosa Estrenas, como queda dicho, y que á aquella ceremonia acudían las romanas á ofrecer un ramito de verbena á la diosa, del que se quedaban con una parte, que daban ya bendito por el sacerdote, ya á sus esposos, ya á sus amantes, los cuales tomándolas la mano se la estrechaban, segun Macrobio, ofreciéndolas ser fieles y constantes con ellas, aquel año, cuyas promesas hacían tambien ellas, y he aquí tal vez el origen de los estrechos.

En el juego de las suertes del marqués de Villena, las cintas que regalaban las damas á sus años, se devolvían á las mismas el día de Reyes, y tornándose á hacer la suerte, las señoras cuyos nombres salían de la caja, se ponían de pié con una cinta larga en la mano del color que mas las agradaba, ó del que habían elegido por divisa, y luego que se leía el nombre del caballero que las salía de compañero, si estaba presente se dirigían á él, y echándole al cuello la cinta, le conducían con tan suave yugo á un lado de la sala donde se sentaban juntos, despues de haberlas besado la mano respetuosamente. Luego que se acababa la suerte los caballeros recibían de rodillas las cintas de mano de sus damas, y las ofrecían mantener su memoria todo aquel año, tenerlas una estrecha amistad, y salir los primeros en su defensa, si alguno las ofendiese, ó necesitasen de socorro, así como el llevar la cinta en su escudo como prenda de recuerdo y garante de su palabra. Cuando el caballero no estaba presente á la suerte, se le citaba al día siguiente á recibir su cinta, ó se le remitía por medio de un billete, y él estaba obligado á contestar por escrito como si estuviera presente, y si la ausente era la señora, el caballero debía ir á ponerse á su disposicion y recibir su cinta. La galanteria tenia tan bien admitida esta costumbre, que las damas comprometidas con otros que con los que caían de estrecho, no llevaban á mal los servicios que sus queridos hacían á sus afortunadas, ni ellos tenían celos por los obsequios que prestaban á sus amadas los que habían sido favorecidos por la suerte.

Romances festivos, alegres endechas y redondillas galantes se ven en los cancioneros y poesías antiguas con relacion á las festividades de familia que llamamos nosotros echar los estrechos; pero se conoce que se hacia con mas ostentacion, pues vemos interesarse en esta costumbre las corts de Aragon y de Castilla, los estados de la Provenza y la Italia entera.

En la corts del Buen Retiro, en tiempo de Felipe IV, el conde duque de Olivares, que se desvivía por presentar á su soberano objetos de diversion, se celebraron reuniones sorprendentes de estrechos, en que los poetas de la época pusieron en prensa su talento, puesto que se improvisaban los motes ó poesías las mas veces, como indica Vargas cuando hablando de este asunto, dice en un romance:

Una dama de palacio
me ha tocado por estrecho,
que me hizo improvisarla
tres cuartetas y un soneto.
Otras dos me mandó el rey,
una décima mi du ño,
y si no ll ga un poeta
que me sacó del aprieto
desde el duque al canciller
y desde el amo al portero
me convierten en poeta
á puro pedirme versos etc.

Entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional se hallan bastantes estrechos con relacion á estas fiestas palaciegas.

TOMO IV.

En la actualidad ha quedado reducida esta costumbre á ser una diversion de familia, en la que suelen cruzarse los regalos y las intrigas amorosas al traves de los motes de malisimos versos que hacen los copleros para este día, y que se venden por las calles pregonándose «motes nuevos para damas y galanes.» En Inglaterra los *kepsakes* y en Francia los *albuns*, *almanaks* y *souvenirs*, son libros de lujo que se dan de aguinaldo á las damas, cuya costumbre ya se ha generalizado entre nosotros.

IV.

JURADO DE LOS ESTRECHOS DE AMOR DE ARAGON Y DE CASTILLA.

Habiendo manifestado cuanto en punto á estrechos se ha hecho y hace hasta el día de Reyes, fáltanos ahora, para terminar la historia de esta galante costumbre, decir alguna cosa de lo que se practicaba en las corts de Aragon y de Castilla el 15 de enero, día en el que los caballeros regalaban á las damas con quienes habían caído de estrechos.

Reunidas en Aragon las familias vecinas que habían echado los estrechos, el día de Reyes, se nombraba por suerte entre las señoras de mayor edad una, á la que se daba el título de *maga-benéfica*, y sorteando en seguida todos los jóvenes, el que sacaba la suerte era el *mago benéfico*, y tenía que sentarse forzosamente al lado de la maga, que por lo comun era una vieja arrugada y regañona, lo que le ponía al pobre mancebo al alcance de las burletas de sus compañeros, y de la maliciosa sonrisa de las muchachas que le daban vaya con su vetusta pareja. Verificada la suerte de los *magos*, el dueño de la casa declaraba que quedaba constituido el *Jurado de los Estrechos de Amor*, cuyos jueces eran los dos magos, á los cuales se echaba un suave yugo que consistía en una cinta blanca y negra; hecho esto y poniéndoles delante una mesa cubierta con un paño carmesi, empezaba el acto por ponerse de pié todos los presentes, y saludando á los magos reverentemente los caballeros que habían caído de estrecho con señora que estuviere presente, la tomaban de la mano y presentándola á los magos, les manifestaban su satisfaccion por la dicha que les había proporcionado la suerte de estrecharles tan á su gusto, accion que daba largas escenas interesantes entre los casados, que veían obsequiar por otros á sus caras mitades, y las jóvenes que oían prodigar á sus amantes elogios á otras que no á ellas, lo que no dejaba de dar motivos á fundados celos. Conforme hacían las parejas su presentacion, iban conduciendo los caballeros á las señoras á otra habitacion, donde había una alegre música, á cuyo son se bailaban las danzas de buen tono de aquellos tiempos caballerescos. Durante el baile, los magos, que habían tomado nota de los estrechados, examinaban los motetes que la suerte había designado á los mismos el día de Reyes, y llamando por medio de un heraldo que nombraban entre los caballeros que no hubiesen asistido á la funcion de estrechos y se hallasen en esta fiesta, á las señoras cuyos caballeros de estrecho estuviesen ausentes, las ponían de banda una cinta verde que tenían que conservar toda la noche, y las decían que tuviesen esperanza, que su caballero vendría tierno y obsequioso á ponerse á sus pies y ofrecerles su reconocimiento. El heraldo volvía á conducir á la sala de baile á las espresadas señoras, y al entrar en ella, daba tres palmadas diciendo: *Paso á la esperanza; mala ventura al caballero que desconozca sus deberes para con las damas, do quiera que le llegue la noticia.* Cuando el heraldo de amor, que así le llamaban, se anunciaba, paraba el baile: todos los caballeros se apresuraban á salir á recibir á las damas huérfanas de su estrecho, y las decían: *Baldon sobre el ingrato que no sepa*

apreciar su ventura: nosotros os defenderemos contra el descortes, y otras finezas por este estilo, á que contestaban las señoras con una inclinacion de cabeza dándoles las gracias. Las señoras felices, llamadas así por tener presentes sus estrechos, se levantaban al pasar las de la banda verde, y dando un beso á cada una conforme iban pasando, las saludaban diciéndolas: *esperanza*, y llamando á sus caballeros les encargaban sacasen á bailar una vez á aquellas damas, que admitían bajo su proteccion, sentándolas á su lado, deber que muchas veces tenia que cumplir un marido con su propia muger, un hermano con su hermana, un hijo con su madre y algunas, un amante aborrecido con su querido tormento, ó un falso y olvidadizo amante con la que le amó un tiempo y ya le aborrecia. De este deber no podia nadie dispensarse, pues en dias como estos se hacian treguas de paz con todo el que asistiese á la funcion.

Los magos por medio del heraldo, llamaban á los caballeros cuyos estrechos estaban ausentes, y manifestándoles que serian admitidos por sus compañeras, les exortaban á escribirlas y regalarlas liberalmente, dándoles licencia para tomar por pareja en el baile á una de las señoras que llevasen banda de esperanza, cuyo nombre le daban escrito en una tarjeta. El heraldo los conducia al salon é iba presentándoles á las señoras de la Esperanza, á quien entregaban su tarjeta diciéndoles al caballero de la señora protectora, y presentadas ante ella, hacer que levantase la obligacion de bailar con la esperanzada que se le habia impuesto, hecho lo cual se acoplaban de pareja ambos estrechados.

Los magos, durante el baile procedian á llamar uno por uno á los caballeros, cuyo estrecho estaba presente, y manifestándoles el deber en que estaban de regalar liberalmente á su estrecho, presentaban la fineza que imaginaban hacerla, la cual iba siempre acompañada de una corta composicion poetica. Examinándola los jueces decidian si era digna ó no del sugeto que la hacia y de la señora á quien se dedicaba, y si la admitian, le facultaban para dársela en el acto de la adjudicacion, quedándose con la composicion en verso, á cuyo pié ponian el nombre del autor rubricándole el mago. Verificado esto, se anunciaba en el salon por el heraldo que estaba concluido el jurado de amor y suspendiéndose el baile, salian las señoras de la Esperanza con sus caballeros á recibir á los magos, los cuales puestos en el estrado principal y sentados en sillones colocados al efecto, y á sus lados los esperanzados por parejas, hacian leer al heraldo las composiciones poeticas, sin el nombre del autor, el que al concluir la lectura de su endecha, se adelantaba hácia su estrecho, la tomaba por la mano, y presentándola á los jueces, la entregaba el regalo que la hacia, dándole las gracias la señora con una graciosa inclinacion de cabeza, á cuyo tiempo batian las manos los concurrentes aplaudiendo, creciendo las muestras de aprobacion segun el regalo ó circunstancias que concurriesen entre los estrechados. Despues que la primera pareja concluia, el mago decia en alta voz que *todos los caballeros se portarian como tales, y que el tribunal habia aprobado sus dádicas*, y en seguida el heraldo y los caballeros seguian haciendo la misma operacion. Terminada esta, empezaba la música á tocar un aire nacional, y los jóvenes varones de humor, tenian facultad reunidos, á ofrecer un regalo burlesco á los magos, que era generalmente lo que causaba la diversion por los caprichos que se inventaban al efecto. Estas diversiones terminaban por un refresco ó cena, en la que abundaban siempre los dulces de todas clases; pero en esta parte de la diversion nadie podia to-

mar sin que los magos, que presidian la mesa, se lo concediesen, los cuales solian vengarse bien de los que antes les habian ofendido. Se observaban de tal modo en Aragon todas estas etiquetas de sociedad, que en la crónica de Castell, al hablar de una de estas fiestas á que asistió el rey don Pedro III, se dice que por faltar á las reglas de etiqueta del jurado de estrechos de amor, el caballero catalan Pedro Uzal de Granollers, le mandó el rey desterrar del reino, y brisar su escudo de armas con una pieza de gules (encarnado) en su principal blason. En un manuscrito de las fiestas que celebró el rey don Martin en Monzon, que se conserva entre los papeles pertenecientes al monasterio de Poblet, se lee tambien que los caballeros zaragozanos desafiaron á uno de sus compañeros que despreció á una señorita con quien habia caído de estrecho el día de Reyes, en el día del jurado de las estrenas.

Esta misma fiesta consta se celebraba en Valladolid en los tiempos del célebre marqués de Santillana, como módica trasportada de Aragon, diferenciándose solo en que en este día al presentarse los caballeros á sus estrechos les echaban al cuello la cinta que les dieran el día de Reyes, como dijimos en el artículo anterior, y arrodillándose ellos á sus pies, las besaban las manos respetuosamente con licencia de los reyes, nombre que daban á los magos. Tanto en Aragon como en Castilla estas fiestas se hacian delante de engalanados y suntuosos nacimientos que se quitaban el día de la Candelaria, en que se veia el portal de Belen y el sagrado Misterio, y terminaban, cantando alegres y graciosos villancicos todos los asistentes.

Entre las canciones inéditas del marqués de Santillana que poseemos sacadas de los códices de esta época que posee la Biblioteca Nacional de Madrid, hay una cancion de estrechos titulada el *Aguinaldo*, que no puede menos de haberla hecho el autor para una de estas fiestas, y con la cual terminaremos este artículo y este asunto, dándola la preferencia á otras muchas composiciones poeticas antiguas, sobre este objeto, que poseemos.

Sacadme ya de cadenas,
señorra, é faredme libre,
que nues'ro sñor vos libre
de las infernales penas;

Estas sean mis estrenas,
esto solo vos demando,
es e sea mi aguinaldo
que vos fad n fadas buenas.

Dias ha que me prendisic,
é savedes que soy vuestro;
dias ha que vos demuesi o
la llaga que me feicistes.

Desde aquellos dias tristes
cuando primero vos vi
dias ha que me vos di,
ya sea que lo encubristes,

Por tanto, señora mia,
usad de piadosas leyes,
por estos tres santos reyes
e por el santo dia.

Por bondad é fidalguia,
ó por sola humanidad,
vos plegi mi libertad
ó por gentil cortesia.

FINEDA.

Con vuestra filasumia
deniega ferocidad,
que vuestra benignidad
sio ninguna villania.

B. S. CASTELLANOS.

ESTUDIOS MORALES.

REGINA. (I)

III.

LA BUENAVENTURA.



uando llegó la hora del almuerzo y hubieron de reunirse Regina, Margarita y Roberto, notó este con sensible dolor que los semblantes de sus dos primas revelaban una conmoción interior poco común en ellas, empero como luego las viese risueñas como siempre y gozosas, empezó á tranquilizarse, sobre los para él supuestos motivos de su tristeza, y acabó por persuadirse que no había habido causa alguna que

puadiese turbar su felicidad, y así no les hizo pregunta alguna sobre la observación que había hecho.

—¿Has salido esta mañana, Roberto? dijo Regina dando principio á la conversacion.

—Sí, prima mía, y aun mas temprano que de costumbre; he dado la vuelta al valle y mas de una vez he sentido que no estuvieses conmigo, lo mismo que tú, Margarita, para que juntos, desde lo alto de las colinas, hubiésemos gozado de la suavidad y blandura del tiempo y de la magnificencia del pais.

—Por cierto, dijo al instante Margarita, que no hay jardin de flores mas rico y hermoso que nuestra vega; y digo la verdad, si me viese forzada á vivir en otra parte, me parece que había de ser desgraciada.

—No digas eso, querida mia, dijo á su vez Regina, nosotros no podemos saber lo que la providencia nos tiene reservado; pero si que desgraciadamente nuestra fortuna no nos viene de nuestros padres, y que el día en que supiéramos que la señora de M. ha hecho un testamento posterior al que hizo en nuestro favor, sería el en que tendríamos que salir de la quinta.

—De la quinta, sí, dijo Roberto, pero no del pais, prima mía, porque me parece que nadie podría impedirnos que nos metiésemos en una choza cualquiera y labrásemos un pedazo de terreno que yo mismo cultivaría; por consiguiente ya ves si podríamos ser tan felices como ahora.

—¿Y tendrías tú suficiente valor para eso, querido Roberto? dijo Regina.

—¿Pues no lo había de tener! digo, siempre que vosotras dos permanecieseis conmigo, porque no es vuestra riqueza la que me hace dichoso, sino vuestra presencia.

—¿Corriente! pues no hay mas que hablar, añadió Regina, tú Roberto, serás el hortelano; yo iré á vender huevos y leche á la aldea, y Margarita llevará al prado el rebaño ¿qué tal te parece este proyecto, Margarita? dijo dirigiéndose á esta que la escuchaba maravillada.

(1) Véase el número anterior.

—Digo que me parece tan al extremo delicioso, que casi me dan tentaciones de desear que nos arruinemos para que nos veamos forzados á ponerlo por obra.

—Pues habeis de saber, queridos míos, que esa es una ilusión que vereis realizada quiza hoy mismo, porque la Providencia no se limita á escucharnos sino que adivina nuestros pensamientos, dijo la infeliz Regina forzando una sonrisa.

—¿Cómo es eso! dijeron á un tiempo Roberto y Margarita.

—Voioslo á decir, ya que tan bien preparados estais para escucharme.

Y en seguida contó Regina lo que le había sucedido la vispera, la resolución que había tomado de enviar al instante á su escribano el codicilo de la señora de M. y manifestó la convicción que tenía de que su suerte iba á experimentar una notable mudanza.

—Confiesoos, añadió, que en un principio me dolió en el alma este descubrimiento... pero luego, cuando he visto vuestro valor, conozco reanimarse el mio, y ahora decidme ¿os sentis con iguales fuerzas, en presencia de la realidad, á cuando la suponiais ilusión? Para tomar un partido como el que hemos dicho, es menester pensarlo muy bien, y tú sobre todo, Roberto, porque para ti sería un sacrificio que debes antes de hacerlo reflexionarlo mucho.

—Nada tengo que reflexionar, prima mía, para saber que no quiero separar mi suerte de la vuestra ¿por qué quieres que vacile cuando se trata de compartir vuestra pobreza, no habiendo vosotras vacilado en partir conmigo vuestra fortuna?

—Perdona, Roberto, dijo Regina conteniendo una lágrima de ternura que intentaba rodar por sus mejillas; nunca he dudado de tu corazón, pero tenía para mí que debíamos, tanto Margarita como yo, aprovechar esta circunstancia para inclinarte á que renunciases á una existencia oscura é indigna de ti, con objeto de que te crearas una fortuna independiente, porque hasta hora hemos sido demasiado egoistas.

—Bien Regina, pues dejad de serlo permitiéndome que os acompañe en vuestra desgracia, porque está segura que de este modo seré mucho mas feliz que hasta aquí.

—¿No te lo decía yo? dijo gozosísima Margarita. ¿Cuándo te dije que no quería separarse de nosotras, mira si tenía razón!

—Gracias Roberto, añadió Regina conmovida, tu cariño es muy grande, pero cree que no lo dedicas á ingratos; creelo.

—Mira, querida prima, el afecto garantiza de la ingratitud y no exige el agradecimiento; yo nunca he pensado en agradeceros lo que habeis hecho por mí, solo me he limitado á amaros.

—¿Qué tienes Margarita? ¿qué pálida te has puesto! exclamó Regina acudiendo á su hermana que se desmayaba al parecer.

—Nada, nada, dijo Margarita, procurando sonreír; sentí aquí un dolor muy fuerte, añadió poniéndose la mano en el corazón, pero ya va pasando.

—Tranquilízate, querida mía, díjole Regina en voz baja, dándole al mismo tiempo un millón de besos. Te prometo desde ahora que serás feliz ¿me entiendes? ya ves como ha dicho que no quiere separarse de nosotras.

—Margarita, interrumpió alegremente Roberto, si has de llevar al prado mi rebaño es menester que no te den

vagidos como á una de esas señoritas de corte, porque, ya ves, que entonces los lobos no dejarían de tener diversion.

—No tengas cuidado, Roberto, dijo Margarita algo consolada con la ternura de su hermana y el contento de su primo, tu rebaño estará guardado á las mil maravillas, es mas, no quiero que me ayude ningún pastor.

—En cuanto á pastores, querida mía, no creo que necesitarán ellos que los lleven á acompañarte, y tú Regina ¿no dices lo mismo?

—Lo que digo es, contestó esta, que no creía que tan triste acontecimiento produjese tanta alegría; Dios es bueno y vosotros sois muy acreedores á que os bendiga.

—Hablemos ahora seriamente, dijo Roberto, hoy mismo voy á recorrer los alrededores para buscar donde alojarnos ¿quereis venir conmigo?

—Si te parece, Roberto, yo no te acompañaré, porque quiero esperar aquí la vuelta del propio que envié á Córdoba; pero Margarita irá contigo, y yo desde ahora convengo en lo que quiera que entre los dos resolvais; en fin disponedlo todo como si no se tratara mas que de vosotros dos.

Mientras Regina decia esto último, Margarita habia salido de la estancia para prepararse á salir con Roberto, en cuyo momento dijole Regina á este:

—Tu proceder, Roberto, no puede ser mas noble, y si hubiera un medio de recompensarte agradecería en el alma me lo indicases.

—Ese medio, prima mía, existe y está en tu mano.

—¿Y cuál es? dijo Regina mudando de color como sucedió á su hermana.

—Que no me vuelvas á mencionar nada de eso, Regina; el que por sí mismo elige su felicidad no tiene necesidad de que se le recompense, solo desea que se le crea feliz.



No pudo decir mas porque en aquel punto entró Margarita, y presentándole el brazo salieron dela quinta pa-

ra recorrer la campiña. Regina los acompañó hasta la puerta, y sentada en un banco de piedra los vió alejarse; á poco recibió de manos del propio que habia mandado á Córdoba la respuesta del escribano; á la sola vista de su carta, no pudo la pobre niña evitar un estremecimiento involuntario y que no le dejaba romper la oblea; nuestros lectores conociendo á Regina, podran suponer que no era la pérdida de esa fortuna la que le hacia temblar; luego sabremos el contenido de la carta, y acompañemos ahora á nuestros Roberto y su enamorada Margarita, quienes despues de haber dado la vuelta al bosquecillo cerrado, en cuyo centro estaba la casa, comenzaron á trepar la colina que se levantaba á su derecha, para ganar los puntos mas altos, desde donde con mas facilidad y á golpe de vista podian abrazar toda la estension del pais. Por lo regular iban la una al lado del otro hablando del motivo que habia originado aquel paseo, pero á cada instante la gozosa niña dejaba á su compañero, hora para coger una flor de cuyo perfume le habia traído noticias con sus alas de rosa la voladora brisa, hora para descubrir un nido en algun zarzal ó chaparro de donde habia visto salir un pájaro; y era de notar que cuando estaba con Roberto este se mostraba alegre como de costumbre, pero cuando volvía Margarita despues de haberse separado de él, le encontraba triste y distraído por algunos instantes, aunque siempre afectuoso y bueno. Ya habian recorrido toda la estension de una colina y acababan de llegar á la cúspide de otra, cuando de repente se detuvo Roberto, y cuando Margarita iba á preguntarle la causa de aquella brusca detencion, él la cogió del brazo y sin pronunciar palabra, le indicó con el indice de la otra mano la quinta que juntamente se parecia enfrente de ellos.

—¿Y qué quiere decir eso? preguntó ella algo turbada por el ademan grave de su compañero.

—Estoy pensando que quizá en este momento tu pobre hermana sabe ya la suerte que nos cabe, que estará afligida, y que nosotros no estamos allí para consolarla, á lo menos para llorar con ella.

—¿Pero no hemos convenido todos ahora poco, en que cualquiera que sea nuestra suerte, seremos felices porque estamos decididos á no separarnos nunca?

—Es verdad, Margarita, pero ¿no has notado la tristeza de tu hermana?

—Sí, pero está triste por nosotros, cuando nos vea felices verás como vuelve á estar contenta, ya lo estaba cuando salimos ¿no te acuerdas?

—Temo que no estuviese mas que resignada y eso no satisface al afecto que le tengo, Regina tiene alguna pena interior, estoy seguro.

—Sin embargo ella está siempre riendo, Roberto.

—Es que su resignacion sonrie lo mismo que lo hiciera su alegría, es uno de sus deberes, uno de sus padecimientos.... ¡Quiera Dios que no lo sepas nunca!

En tanto que esto Roberto decia, vieron á lo lejos una anciana cubierta de harapos, que hacía ellos veníase encaminando con aquel aire y demostraciones humildes propios de la miseria que implora un socorro sin pedirlo.

—Dame tu bolsa, Roberto, que he dejado la mía en casa.

Y dándosela Roberto, llegó en cuatro saltos Margarita á donde estaba la anciana, á quien dió tan abundante limosna como si su hermana no hubiese descubierto el codicilo de la señora de M.

—Mas oro ponga la fortunilla en esas manos que arenas tiene el mar, cara de cielo, dijo la gitana, que no de otra raza venia la vieja.

—Gracias abuelita, ruegue vd. á Dios que así sea.

—Yo no ruego mas que á la fortuna, que cuando la llamo viene, si nó la maldigo impunemente.

—¿Es vd. de esta tierra, hermana?

—De la tierra soy, aunque mis padres decian que venian de la del sol.

—¿No tiene vd. hijos, ni familia alguna?
 —Sola me vine al mundo y sola me voy por él.
 —¡Pobrecita! dijo la inocente niña ¿y quién le dá de comer?

—La ciencia de los destinos escrita en las manos de los hombres y en las estrellas del cielo; dame, niña, tu mano y sabrás lo que te espera.

Bien quisiera Margarita aprovechar esta ocasión para conocer su futura suerte, aunque temerosa de que las palabras de la gitana deshicieran en un punto sus dorados y encantadores sueños no se decidía á la prueba, y como además iba en ellos siempre envuelto el nombre de Roberto, temblaba de que llegase á oídos de él sus secretos pensamientos descubiertos por aquella muger, y así por un movimiento involuntario y receloso miró hácia donde su primo estaba, pero al verle vuelto de espaldas mirando hácia la quinta y por demas imaginativo, decidióse al fin y alargando resueltamente su mano á la gitana. «Digame lo que quiera, buena muger.» le dijo.

—No temas hija mia, que así malos labos coman de mi cuerpo, como que por esta rayita que te cruza esta mano de jazmín, y por cierto lucero que el sol tapa, eres y has de ser mas feliz de lo que piensas; tienes una hermana que te tiene y sienta en las telas mas finas de su corazón, y esta otra raya me dice que antes de mucho has de tener un marido como las propias flores; y digo que este mismo marido estaba deparadito para tu hermana; pero no te asalte la penilla negra, que tu hermana te lo cederá, y su alma si se la pides; no te faltan envidiosas y malas lenguas en el mundo, ojos de querubín, pero con ellas cargará quien pueda; de tu fortuna.....

—¡Margarita! gritó Roberto notando ya la falta de su prima ¿no seguimos? tenemos que volver pronto á casa y todavía nos falta mucho que andar y que ver.

—Anda, anda, hija mia, dijo con sonrisa irónica la gitana, no disgustes á tu primo que no debes, y la fortuna te ayude.

—¿Que te ha dicho esa muger, prima mia? mucho ha



Vista de Córdoba.

debido interesarte su conversacion á juzgar por la atención que le prestabas.

—Es una gitana, y me ha dicho la buenaventura, contestó Margarita sonriendo y ruborizándose; pero no la he creído nada de lo que me ha pronosticado.

—¿Y se pueden saber esos pronósticos? ya ves que tengo derecho para preguntártelos, porque si hubiera querido los hubiera oído de su propia boca.

—Mejor harás en llamarla y preguntarla directamente y con eso te dirá también tu suerte.

—A menos que no me pronostique la época cierta de mi muerte, no sé qué otra cosa podrá decirme, dijo Roberto, con una especie de sonrisa melancólica, hace ya mucho tiempo que mi suerte está decidida.

—Lo mismo que la mia, y he ahí la razón por qué no he querido creer nada de lo que acaba de decirme.

Desde este instante quedó Margarita pensativa, como lo había estado antes Roberto, y ambos, uno al lado del otro, marchaban sin hablar palabra, hasta que llegaron á una casita de apariencia pobre, donde Roberto quiso entrar para adquirir noticias de si por aquellos contornos se arrendaba ó vendía alguna pequeña posesión. Antes de montar el escalon de la reducida puerta, un enorme alano negro, cuyos robustos y repetidos ladridos, repetían los ecos de la próxima colina, vino á ellos desde los corrales interiores, y no parecía sino que en llegando iba á despedazarlos con sus nervudos brazos y no nada suaves garras; pero la voz oportuna del capataz que des-

de el cuarto interior del amasijo gritó: «¡Corderillo!» contuvo al animal, que con un profundo gruñido, el hocico contra el suelo, y mirando a través, comenzó a dar vueltas lejanas alrededor de sus huéspedes; pareció por fin el capataz ó aperador de aquel lagar ó cortijo, al cual dirigiéndose Roberto:

—Buenos días, amigo, le dijo.

—Bien venidos, señores, ¿en qué se puede servir á sus mercedes, caballero?

—Veníamos, contestó Roberto, á saber si acaso tendría vd. noticia de si por estos contornos hay vendible, ó bien para arrendar, alguna finca en un precio moderado.

—Si señor, tengo noticias, y si vd. quiere, caballero, podrá ver esta por si le acomoda mientras la señora descansa, porque supongo que lo que guste al marido gustará también á la mujer.

—Es mi primo, apresuróse á decir Margarita algo ruborizada.

—Bien, pues, veamos esta posesion si te parece, prima mia, dijo entonces Roberto sonriendo.

Y con esto fuéronse tras el hombre que al paso les fué enterando de los productos, estension y valor de la finca, la cual agradó tanto á Roberto, que quedó en volver á la mañana siguiente, para en el caso de que sucediese lo que se esperaba, ir acompañado del capataz á casa del propietario y entrar en ajuste.

—Ahora, dijo Roberto á su prima cuando salieron, es necesario dirigirnos á casa por el camino mas corto; ya estarás cansada y yo deseo ver á tu hermana, porque acaso tendrá alguna mala nueva que decirnos, y nosotros tenemos una muy buena que darle.

Llegaron en efecto pronto á la quinta, pero Regina no estaba en ella, y supieron por los criados que habia ido á Córdoba, dejando dicho que advirtiesen á su hermana y primo cuando viniesen, que estaria de vuelta aquella misma tarde.

He aquí la respuesta del escribano que habia obligado á Regina á marchar sin dilacion á Córdoba, poniendo en gran cuidado á Margarita y Roberto; la carta estaba dirigida á Regina y concebida en estos términos:

Córdoba 13 de junio de 18

«He entregado en manos del señor juez de primera instancia el codicilo cerrado, que tuvo vd. á bien enviarme, y este señor magistrado, alabando y admirando como yo tan noble rasgo de rectitud y delicadeza, me encarga decir á vd., despues de haber mandado abrir el pliego ante los testigos D. F. M. y D. J. C., que cree necesario á los intereses de vd. que se presente en este juzgado; y aunque no me ha puesto al cabo de ningun pormenor me inclino á creer que este descubrimiento que vd. ha hecho, no cambiará en nada la actual posicion de que disfruta.—Me repito de vd., señorita, con el mas profundo respeto y admiracion, su mas afectisimo y seguro servidor Q. S. P. B.—V. de H.

Sin duda el contenido de esta carta hubiera tranquilizado completamente á Regina, si solo hubiera hecho consistir su felicidad en los intereses, que para ella eran un objeto secundario, desde que vió la indiferencia con que los miraban su hermana y su primo; pero otros pensamientos mas graves preocupaban su ánimo y así no pudo tranquilizarse sino á medias; sin embargo, como se habia impuesto por ley y por guia el deber en todas las circunstancias de su vida, no dudó un instante en ponerse en camino para Córdoba, y entrando en casa de su escribano:

—Ya estoy aquí; señor de H., le dijo, y le agradeceré infinito que me acompañe á casa del señor juez, donde sin duda necesitare de la esperiencia y nunca desmentida amistad de vd.

—No creo, señorita, que tenga vd. necesidad de una nota; despues que le escribi, me entregó el señor juez el codicilo de la difunta, el cual corrobora las disposiciones del testamento, solo que, añadió con una sonrisa, pone ciertas condiciones que tendrá vd. que llenar.

—No tengo dificultad, siempre que sean honrosas, pues de lo contrario, estamos todos dispuestos á volver á nuestro antiguo estado ¿Tiene vd. la bondad de acompañarme?

—Con mucho gusto, señorita, contestó el escribano.

Y con esto se dirigieron á casa del juez.

IV.

LAS DOS HERMANAS.

Era este un anciano y austero magistrado, que procuraba siempre no desviarse un punto de la senda de la razon y la justicia, pero que sialgunavez doblaba su vara era hácia la misericordia, siguiendo en esto una de las sábias y provechosas máximas que don Quijote daba á su escudero, disponiéndole á gobernar la insula; todos en Córdoba le amaban y respetaban, tanto por esto cuanto porque sin mas ambicion personal que el bien general, cosa bien rara en los tiempos que hace mucho alcanzamos, no encontraban ecos en él las intrigas de partido y desempeñaba su modesto empleo con la afabilidad propia de un buen corazon en un hombre ilustrado; el claro ingenio que le adornaba, habia mas de una vez puesto en evidencia las malignas artimañas de varios ruinosos pleitos, y por último si alguien, desdiciendo de la generalidad del pueblo le tenia como suele decirse, entre ojos, era esa dañina parte de la curia para quien los trámites regulares y equitativos de la ley dejan de serlo y se convierten en una tupida red que traicionadamente prende y arruina á los incautos que en ella por su desventura caen. Grande habia sido la amistad que unió á este digno magistrado con el padre de Regina, y tan estrecha, que cuando murió la señora de M. dejó á don Luis, que así se llamaba el juez, por unico albacea, el cual recibió á Regina, en la ocasion presente con la mas espresiva cordialidad, tanto por el gusto que recibia en verla, como porque los gratos recuerdos de su padre y el altamente noble proceder de la hija, despertaban en él los mayores deseos de servirla.

—Grande alabanza y elogio merece, señorita, el comportamiento de vd. en esta ocasion, díjole don Luis á Regina estrechando en la suya su mano; pero no me sorprende, hace mucho tiempo que conozco á vd., y conocí tambien á los que formaron su corazon.

Regina espresó en los mejores términos su gratitud, y don Luis continuó:

—Aquí tiene vd. el codicilo. Aunque la fecha sea posterior á la del testamento, es sin embargo muy atrasada y no alcanza á la época en que su padre de vd. contrajo segundos esponsales, por consiguiente, como la señora de M. quedó imbécil desde entonces, no le fué posible variar en nada las disposiciones testamentarias, como parece que lo hubiera requerido el nacimiento de su hermana de vd.

—Perdone vd., señor juez, pero no sé que quiere decir eso.

—Voy á leer á vd. el codicilo y él la enterará mejor que yo.

«Declaro por el presente codicilo, que es mi voluntad llevar á efecto y cumplimiento las primeras disposiciones que he hecho en favor de la hija del conde de A.** en mi testamento fecha... Pero como desco que estas dis-

posiciones se hagan tambien estensivas á Roberto de A. primo hermano de mi heredera, es mi voluntad que esta se case con su primo; y en el caso en que se oponga á este enlace, quiero que Roberto de A. sea el unico heredero de la parte de mi fortuna que consiste en bienes raices, y que su prima solo disfrute mis rentas sobre el estado, cuya suma vá unida á mi testamento.

—Esto está bastante claro, dijo don Luis dando el pliego á Regina, que pálida y convulsiva apenas acertaba á cogerlo.

—En efecto, contestó ella, está claro que mi primo es el heredero.

—No, señorita, dijo el escribano, todavia es vd., porque vd. no ha podido cumplir una condicion que ignoraba.

—Así es, añadió el juez.

—¿Y si me niego á casarme con mi primo?

—En ese caso él es el heredero, indudablemente.

—Pues, señor juez, no consiento en esa union, dijo Regina con voz firme, pero notablemente conmovida; no quiero casarme.

—A mi entender, señorita, hace vd. muy mal, contestó el juez; primero, porque se niega vd. á hacer la felicidad de un hombre, que segun tengo entendido tiene prendas que le hacen acreedor á ser feliz; y segundo, porque pierde vd una ocasion de hacer que su estado varíe, mejorando de como ha sido de algunos años á esta parte.

—Sino aprobais ahora mi resolucion, señor juez, yo le daré una justificacion que le haga digna de que la aproveis: que se case Roberto con mi hermana Margarita.

—¿Pero olvida vd. que en ese caso no se cumplirán sino á medias los deseos de la difunta?

—¿Y quién sabe lo que la difunta habria resuelto si hubiese conocido á mi hermana? dijo prontamente Regina.

—¿Y quién sabe tambien, contestó el juez, si su primo de vd. convendrá con ese arreglo? ¿Tiene vd. algunos datos?

—Yo creo que mi primo nos quiere lo mismo á una que á otra; pero estoy segura que este casamiento hará la felicidad de mi hermana.

—¿Y vd., señorita? dijo el juez asombrado fijando una penetrante mirada en el alterado semblante de Regina.

—Yo, señor? prometí á mi padre moribundo que sería para mi hermana una segunda madre.

—Señor escribano, díjole á este el juez, acaso sería útil tener á la vista el testamento de doña R. de M. para compararle con este codicilo. ¿Me hace vd. el favor de ir á su despacho y traerlo?

El escribano salió y don Luis prosiguió:

—Señorita, me parece haber penetrado en su alma, y mi admiracion es mucho mayor que el afecto que tengo á vd: vd. ama á su primo, su hermana de vd. tambien le quiere, y vd., generosa y grande, quiere sacrificar á un tiempo la fortuna y la felicidad que le estaban á vd. deparadas.

—Señor, si algun apego tenia á mi fortuna, era por los mios, ellos la poseeran ahora; en cuanto á mi felicidad, será colmada si los veo.... si sé que son felices.

—Es vd., Regina, tan cariñosa, tan pura, que me atreveré á hacerle una pregunta. ¿Está vd. segura de la voluntad de su primo?

—No he tratado de saber cual sea, pero creo que aceptará la mano de Margarita, si se le oculta que es la mia la que debia fomar, y sobre todo si se persuade de que esta union me hará feliz.

—Una de esas dos cosas pende de vd., y por lo tanto es posible; pero la otra presenta alguna dificultad, porque yo estoy obligado á manifestar á Roberto este codicilo como lo he hecho con vd.

—¿Pero á lo menos no podría vd. dejar pasar veinte y cuatro horas?

—Mas latitud que esa me concede la ley, hija mia, y así podrán cumplirse los deseos de vd.; pero ¡por Dios! piénselo vd. detenidamente antes de tomar un partido definitivo!

—Margarita ama á Roberto, señor juez, dijo sollozando la infeliz Regina; y yo que lo sé y que he prometido velar por su felicidad, ¿cómo queréis que vaya con el codicilo en la mano, exigiendo á mi primo que se case conmigo, cuando tengo la certeza de que lo hará al instante, así como tambien la tengo de que dará la mano á Margarita si se la propongo sin decirle lo que ha pasado aquí y sin mostrarle el fondo de mi corazon.

—¡Es vd. un ángel! ¡un ángel! exclamó el anciano don Luis, estrechando con sus manos venerables las frias y trémulas de Regina: ¡llaga vd. hija mia lo que Dios le inspire, y el premio como merece tan no vista virtud! Mi amigo, continuó dirigiéndose al escribano que pareció con el testamento, he convenido con esta señorita, en que antes de dar publicidad al codicilo, aprovechemos el término que nos concede la ley, para dejarle tiempo de que se entienda con su primo.

Y despues de tributar el anciano los homenajes de su afecto y admiracion á la envidiada Regina, salió esta acompañada del escribano y se dirigió á su posada, montó en el carruaje y poco despues perdiendo de vista á Córdoba, ganó la de las colinas que circúan á Buena-Suerte.

Margarita y su primo, calculando que Regina no podría estar de vuelta para la hora de comer, resolvieron esperarla y cenar en cuanto llegase; Margarita impaciente



se colocó en un balcon de la quinta desde donde se descubría el camino, pero viendo que el sol iba á ocultarse

en el horizonte y creyendo que la viajera no podía estar ya muy lejos resolvieron los dos primos salirle al encuentro. Margarita iba sumamente preocupada, y tanto que Roberto creyó notar en sus ademanes y modo de dirigirse a él cierto retraimiento y embarazo muy ajenos de su carácter, y que lejos de contemplar alegre el encanto del declinante, día caminaba silenciosa y distraída, como si cuantos objetos se ofrecían á recrear sus sentidos le fuesen á sí, indiferentes, ó como si su corazón estuviese cerrado á las sensaciones que hacia cinco años formaban su felicidad; ni la inquieta y perfumada brisa que jugaba á su placer con los fluídos rizos de sus finísimos cabellos, ni el alamo gigante ó el delicado arbusto que al mecerse parecían saludarle, ni las mil harpadas lenguas de infinitos pajarillos que aquí y allá saltando enamorados, regalaban á sus oídos dulce música, ni las sinceras bendiciones de los que al paso encontraban, nada en fin veía ni sentía al parecer, ni nada oía; y si por dicha asomaba una sonrisa á sus labios, mas se la debía juzgar originada por algún alhagüecho y secreto pensamiento, que por el espectáculo de que podían gozar sus ojos. — Bien hubiera querido Roberto saber la causa de su distracción; pero como hacia tiempo que había conocido ser precisa una profunda reserva de su parte hacia las dos hermanas, dominó su curiosidad, y si no tan pensativo, á lo menos tan silencioso seguía andando al lado de su prima.

Cerró la noche, y á pesar del profundo silencio que siempre la acompaña en los campos, no oyeron el mas leve ruido que pudiese indicar la pronta llegada de un carruaje. Cansada Margarita del largo paseo de la mañana tomó el brazo de Roberto, y solo entonces, estando tan próxima á él, advirtió que su silencio era importuno, y así lo rompió diciendo:

—Sabes, Roberto, que siento haber venido contigo por que si Regina no vuelve, como temo, y por consiguiente no puedo subir al carruaje, no sé si tendré suficiente fuerza para volver á casa?

—¿Es posible que estés tan cansada, querida mía! respondió Roberto como siempre cariñoso. Pues otras veces hemos andado mucho mas que hoy y no te he oído quejarte. ¿Cómo harás prosiguió sonriéndose, cuando tengas que correr todo el día de un lado á otro para guardar el rebaño?

—Como eso lo haré por tí, creo que no me será difícil, además que tú no serás un amo muy rigoroso.

—Sin embargo, no te fies mucho.

—Bueno, quiere decir que si no te convengo me despedirás.

—¡Hola! eso es hacerme la ley, como dicen, y cosa de no muy buen agüero para lo futuro.

—Si quieres, Roberto, que te hable francamente, me parece que no he de ser útil para nada, y en ese caso mas bien te serviré de estorbo, lo cual será bien desagradable para mí.

—¿Hablas de veras, Margarita? preguntó Roberto creyendo en efecto notar alguna alteración en la voz de su prima, cuyo semblante no podía ver á causa de la oscuridad.

—Muy de veras, primo mío, desde esta mañana me parece que estoy demás en el mundo.

—No obstante, hace poco, cuando no me hablabas, te he visto sonreír algunas veces.

—Es que estaba pensando que para morir cualquiera edad es buena.

—Margarita, te suplico que no hables de esa suerte á tu hermana, porque la afligirás muchísimo, siendo como eres, su única felicidad en la tierra. Escucha, ya viene, ¿no oyes el ruido del carruaje?

En esto se detuvieron para escuchar mejor y á los pocos instantes «Es Regina» exclamaron á un tiempo; pocos momentos despues se sentaron á su lado y en el espacio que mediaba desde aquel punto hasta la quinta, solo se

limitó Regina á decirles que su suerte no había variado.

—Querida Margarita, díjole á esta su hermana despues que hubieron cenado; puedes irte á descansar, porque estarás muy cansada de lo mucho que hoy has andado; vé, hija mía, que tengo que hablar á Roberto.

—¿Lo ves, Roberto? dijo marchándose Margarita, ¿ves como no en vano te decía yo que ya empezaba á estar demás?

—Así es, querida mía, respondió Regina con la bondad de un ángel, pero será por poco.

Margarita volvió atras y colmó de cariñosos besos á su hermana, en tanto que esta sentandola en sus rodillas le dijo con la espresion de la mayor ternura.

—Ve á dormir, mi querida, y si te entregas á tus encantadores sueños, no temas al despertar la realidad... yo velo por tí.

—¿Qué significa todo esto? preguntó Roberto cuando Margarita se retiró.

—Que no podemos vivir como hasta ahora, primo mío.

—No te entiendo.

—Margarita te ama, Roberto ¿lo entiendes ahora?

—¿Es posible! ¿y qué haremos, Regina?

—¿Qué? Casarte con ella y hacerla feliz.

—¿Pero ignoras que os quiero á entrambas igualmente?

—Ya lo sé, Roberto.

—Yo hubiera querido esperar todavia.... ¿hemos sido tan dichosos hasta ahora!...

—¿Por qué me dices eso? dijo Regina ahogando un suspiro; pero cobrando mas fuerza añadió: si no te casas con Margarita, será menester separarnos, porque esta felicidad de que gozamos no es regular á los ojos del mundo, y deja de serlo tambien á los de Dios, desde el momento que Margarita no siente por tí el desinteresado cariño de hermana.

—¿Pero es tan joven! deberíamos esperar un poco de tiempo hasta ver si eso se le pasaba.

—No, no, Roberto, el amor no se estingue tan fácilmente; el único triunfo que podemos obtener sobre él es el de obligarlo á callar, y ese triunfo es un suplicio horroroso; Margarita que no sabe lo que son padecimientos, no tendria la suficiente fuerza para soportarlo.

—Tambien es necesario tener presente que tanto ella como yo somos pobres.

—¿Pobres, Roberto! no creía yo merecer esa injuria.

—No es injuriarte, querida Regina, pero ya ves, nuestra fortuna es tuya, llegará un día en que tambien te cases y entonces cuanto posees será forzosamente de tus hijos.

—Entre tanto, contestó sonriendo Regina, soy dueña de mis acciones, y no me impedirás que dote á la hija que el cielo me ha dado. Oye, Roberto, no es solo la felicidad de Margarita la que te pido, es tambien la tranquilidad de mi conciencia que es mi mayor felicidad, además quiero estrechar todo lo posible los lazos que nos unen.

—¿Y qué, no soy yo vuestro hermano?

—No lo eres todavia bastante, respondió Regina, volviendo la cabeza para ocultar una lágrima que no pudo contener.

—¡Ah! si se trata de adquirir nuevos derechos á tu afecto, ya no vacilo mas.... me casaré con Margarita, y desde ahora te juro que será feliz.

—Si, si, Roberto, estoy segura que lo será, y no tienes que jurármelo; adios, buenas noches, hasta mañana, hermano mío, añadió alargándole la mano, los acontecimientos del día me han trastornado un poco, y deseo que llegue mañana para que me reanime la felicidad de mi hermana. Marchóse Roberto, y Regina prosiguió, hincándose de rodillas ¡gracias, Dios mío! ¡gracias! ¡porque no me habeis abandonado!

Quince días despues de los sucesos que acabamos de referir, detúvose á la puerta de la quinta de Buena-Suerte, un carruaje, del cual se apearon don Luis de P., juez

de primera instancia de Córdoba, acompañado del escribano, que ya llevaba estendido el contrato matrimonial, según las cláusulas del codicilo de la difunta señora de M., y que aun ignoraban los dos novios. El joven conde de A.** recibió á sus huéspedes con su habitual cortesía y con semblante grave, si bien algo satisfecho, porque acogía la felicidad, con el recogimiento de un alma religiosa que sabe que toda la que gozan los mortales, es un presente de Dios.—No se hizo esperar mucho Regina, que luego entró en la sala llevando de la mano á Margarita, á quien por ella misma había vestido de novia.

—Tengo el gusto de presentar á vd. mi hija; dijo Regina al juez; ya dije á vd. que había prometido á mi padre que sería feliz, y ahora, anadió con una sonrisa celestial, puedo decir que lo es.

Margarita se echó en brazos de su hermana, y aunque ahogándolas, ambas dejaban oír sus sollozos.

—Creeríase, dijo Regina alzando la cabeza y con natural contento, que te vas á casar contra tu gusto.—Vamos, enseñanos esa cara para que veamos que las lágrimas que viertes son de gozo.

—Y de gratitud, hermana mía, dijo la niña.

Roberto tan conmovido como ella, dió por única respuesta acercarse á Regina, y besarle la mano.

—¡Dios os prodigue sus divinas bendiciones! dijo la santa niña con la mas dulce elevación, porque mas que vosotros mismos necesito vuestra felicidad.

—Si les parece á vds. dijo á esta sazón el juez, terminaremos los contratos y nos dirigiremos á la iglesia donde á las doce nos espera el señor cura.

Con esto se sentaron todos al rededor de una mesa y el escribano se dispuso á leer el codicilo y el contrato.

Pero antes de empezar:

—Roberto, dijo á su primo Regina, vas á saber lo que hace quince dias que te oculto; pero pongo á Dios por testigo de que los motivos que he tenido para engañarte son puros; tú eres el heredero de la señora de M., y yo no tengo mas que un legado de ochocientos mil reales; ahora, señor escribano, tenga vd. la bondad de leer ese codicilo.

Todos despues de la lectura, quedaron en el mismo silencio, fiando la espresion de sus sentimientos á la elocuencia de sus miradas.

—Ahora, dijo el escribano, voy á leer á vds. el contrato matrimonial; y sin mas empezó su lectura por el acta que estaba estendida en los términos comunes, declarando propietario de la quinta de Buena-Suerte al conde de A.** conforme á la postrer voluntad de la testadora espresada en el codicilo; despues continuó el escribano.

«Y en seguida la señorita Regina de A.**, hermana alada de la susodicha futura esposa, declaró por el presente y en favor de dicho futuro enlace, dar en dote á la señorita Margarita de A.**, su hermana de padre, la cantidad de cuatrocientos mil reales, etc., etc.

—¡Esto es demasiado! exclamó Margarita abrazando á su hermana; yo no puedo aceptar un sacrificio semejante.

—Puedes, querida mía, aceptarlos todos, respondió Regina depositando un beso en la frente de la novia; yo no quiero mas riqueza que tu felicidad.

—Acepte vd., señorita, dijo tambien el juez con tono de voz dulce al par que lleno de autoridad; debe vd. dar á su hermana cuantos motivos de satisfacción dependan de la mano de vd., porque rehusarle uno solo sería ingratitud.

—¿Qué hago, Roberto?

—Lo que acaban de decirte. ¡Ojalá pudiéramos hacer mas!

Firmó Margarita, despues de ella todos los demas, y con esto se dirigieron á la iglesia, y cuando al pié del altar preguntó el sacerdote á Margarita si queria por esposo á Roberto de A.** y ella volvió la cabeza hacia su hermana como para pedirle el último consentimiento. Regina dejó asomar á sus labios una inefable sonrisa de dulzura, inclinando al mismo tiempo y en señal de aprobación su cabeza radiante y pura como la de la virgen de alabastro á cuyos pies estaba prosternada. Al salir del templo, Margarita y Roberto lloraban, Regina siempre sonreía; y acaso se oyó una voz que dijo: «No todos los que lloran están tristes, ni todos los que rien tienen el corazón alegre.» Lo cual hizo á Margarita volver la cabeza y ver entre la turba á la vieja gitana que quince dias antes le había predicho su casamiento.

A los ocho dias de verificado este, ocupaban los asientos de la berlina en la diligencia que desde Sevilla pasa por Córdoba á Madrid, dos recién casados, para cuyo viage tuvieron gran parte las paternales insinuaciones de don Luis y el empeño que Regina manifestó á Roberto de que su hermana viese mas ancho campo y mundo del que comprendia la posesión de Buena-Suerte, razon tan poderosa y concluyente para Roberto que no opuso el menor obstáculo.

Ya han corrido algunos años desde entonces, y en la quinta de Almodóvar del Rio, existe una Regina, niña tierna todavia y constantemente risueña; solo se la ve triste cuando su madre la lleva al cementerio del pueblo y le dice: «¡Hija del alma, este es el sepulcro de tu tia! pídele á Dios que ella te ampare siempre porque fué una Santa!»



TOMO IV.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

VENTAJAS

DE LA PESADEZ, Y DE LOS CARACTERES FLEMATICOS.

ELOGIO DE LA POLTRONERIA.

(Conclusion.)

¿Se cree que no hay gloria en el mundo para los hombres pesados? Pues la hay, y se repiten sus nombres con veneracion, y se les levantan estatuas. ¿Porqué se conserva la memoria de Chappe, sino por haber estado catorce horas boca arriba en California, observando con un anteojo el paso de Venus por el Sol? ¿Era algun atolondrado y vivaracho aquel Santorio, médico italiano, que pasó mas de 50 años colocado en una balanza, haciendo observaciones sobre la excrecion y la insensible transpiracion? ¿Era poca la cachaza del escritor frances, Mr. Dufour, que ocupaba mucha parte de un libro suyo sobre la forma, manera y visages con que deben tomarse el café, el té y el chocolate? Tendrán algo de ligeros los que consagran doctas vigiliias para estender los dominios de la entomologia, empleando dias enteros en observar el ácaro de la sarna ó á una nigua, asegurada en unas pinzas? ¿Ha elogiado nadie la actividad y movilidad de Newton, que al descubrir las leyes de la atraccion, se pasó veinte y cuatro horas sin comer, ni beber, ni hablar con nadie y casi convertido en una estatua? No necesitamos hacinar mas ejemplos, para demostrar que los adelantos todos en las ciencias y en las artes, se deben á los hombres eminentemente pesados, y que por sola esta circunstancia se han ceñido una corona de gloria inmortal.

El concurso feliz de circunstancias que se reunen en estos, les asegura una larga vida. Todos los preceptos de la higiene se encuentran en ellos convertidos en hábitos. *La oreja junto á la teja*, y tienen buen cuidado de no dormir en habitaciones húmedas; *post prandium dormire*; *post cenam mille pasus ire*. Sobre esto la experiencia les ha acreditado que conviene mas pasear despues de comer, procurando que el ejercicio no sea violento ni agitado, por que hasta cuando uno anda y se mueve, conviene andar y moverse como hombre pesado, es decir, no moviendo un pié sin pedir licencia al otro, parándose á menudo, y sobre todo siempre que se hable, y descansando de cuando en cuando para reponerse de la natural agitacion: todo en el supuesto de que lo mas cómodo y lo mas regalado es todo aquello que mas se aproxime á la inaccion. Por eso es tan justo y merecido el aprecio de que gozan el juego de damas, el ajedrez, y el chichuac, con otros varios que en punto á pesadez tienen su basa bien sentada, y que sin embargo, se dice de ellos que egercitan el entendimiento, como el enredo de Juanelo, las charadas, logogrifos, etc. ¿Dónde hay mayor delicia, ni un recreo mas tranquilo é inocente, que en un día hermoso de otoño sentarse pacíficamente á orillas del Jarama, y sujeta la caña debajo de una pierna, mientras se prepara un cigarro, esperar con la vista fija en el corcho, que por este se conozca que ha caído una tenca en el anzuelo? El vulgo zahiere malignamente á estos santos varones, sobre todo si son casados, como en efecto lo son los mas. Pero ¿qué importa? ¿Quién podrá arrebatárles la paz de su corazon, ni aquellos gozes sencillos y puros, que no comprenden

siquiera los hombres que se agitan en el torbellino del mundo?

La salud que conservan los solemnes majaderos en toda su larga vida, consiste tambien en su vida regular y metódica. Al verlos sin padecer nunca ni siquiera un dolor de cabeza, todos los miran con envidia, sobre todo los enfermizos y valetudinarios, que no pueden menos de lanzar contra ellos algunas pullitas, como por ejemplo: «¿qué descansada quedaria tu madre cuando te echó al mundo! el que piense darte una pesadumbre se lleva chasco: tú no te mueres hasta que Dios quiera.» Ya se vé, como que su complexion natural y las cualidades todas de su ánimo, parece que concurren á asegurar su salud y larga vida, como que su sueño, no interrumpido como hemós dicho, es proporcionado á su buen apetito y excelente digestion; como que su ánimo está exento de todo cuidado y procura conservar la alegria y la quietud que tanto recomienda Avicena, ¿qué mal puede acometerle? ¿qué pena puede embestirle, cuando no las hay para el que no quiere tomarlas? Yo me admiro de que no sea eterno, aunque considero que la vida no puede menos de ser enojosa para quien conozca que no es posible vivir sin hacer algo, y agitarse alguna cosa por poco que sea.

Pocas veces ó ninguna se abandonan estos hombres por el precipicio de los vicios ó de los crímenes. Una prueba de que el corazon del hombre ha sido formado para la virtud, consiste en que los mas hermosos caracteres, los caracteres flemáticos, los hombres de cachaza y sangre fria son inclinados á lo bueno, como quiera que estos bellos tipos, que se forman de lo mas perfecto y acabado en la especie, carecen del estímulo que arrastra á los desórdenes y á los crímenes. Su amor á la vida arreglada, uniforme, monótona les hace mirar con desden esos placeres enérgicos que buscan algunos en la vida licenciosa y en la depravacion. ¿Puede darse cosa mas inocente y mas inofensiva que un hombre durmiendo, ó sepultado en una butaca?

No desconocemos que se les acusa de idolatria, por que tentados generalmente de la gula, parece que su dios es su vientre, y que miran casi con adoracion un plato de croquetas, ó un pavo relleno. Confesamos, en muestra de nuestra imparcialidad, que este cargo es fundadísimo, pero que al mismo tiempo no tiene la gravedad que quiere suponerse. ¿Hasta dónde llegará el extravío de las ideas y la aberracion, cuando en una sátira lanzada contra un escritor, se le vituperaba que con frecuencia visitase la Pastelería Suiza, como si fuese una cosa reprensible é ignominiosa? Sin ir á buscar ejemplos estranos, y sin remontarnos á épocas remotas, entre nosotros y en nuestros mismos dias, ¿hay celebridad pública ni privada, días de santos, cumpleaños de reyes, aniversarios de acontecimientos faustos, reconciliaciones, convenios, alianzas, y triunfos de todo género, que no se celebren con banquetes y comilonas? ¿No vemos á los prelados de la iglesia y á los primeros potentados del reino, asistir á comidas públicas y brindar con el vaso en la mano? El comer, digase lo que se quiera, es natural al hombre, y satisface una de sus primeras necesidades; ¿por qué no ha de hacerse esto con todo el esmero, con todo el refinamiento que corresponde á nuestros adelantos y á nuestra civilizacion? Si en la habitacion y en el vestido se procura hoy mayor comodidad, y juntamente mas elegancia y belleza de formas que en tiempos anteriores; ¿por qué no

ha de hacerse lo mismo con el condimento y variedad de los manjares? Ha observado un escritor francés que el consumo del azúcar en París ha ido sucesivamente aumentando en proporción con los progresos en la civilización. ¿Y se querrá que solo las artes de la cocina y de la repostería permanezcan estacionarias? ¿No forman estas parte de la industria general? Aumentándose el consumo de innumerables sustancias alimenticias, ¿no se fomenta al mismo tiempo su producción, y por consiguiente la riqueza pública?

Pero se nos dirá: lo que se censura únicamente es el abuso y el exceso en las comidas; lo que propiamente se llama glotonería y gula como cosa perniciosa a la salud. Nosotros somos de la misma opinión, pero concedemos este placer tan natural y positivo, á los que por indolencia y por espíritu de inacción se niegan á tantos ficticios y de solo opinión. Cada cual puede hacer de su capa un sayo. La glotonería tiene para los poltrones la eficacia de que se satisface sentado y de que tiende á aumentar la gravedad específica del individuo.

Los vinos y licores fuertes forman un regalo delicadísimo para el hombre cachazudo; por que aunque los excesivos manjares puedan proporcionarle una indigestión ó una apoplejía fulminante, que lo lleve á descansar, todavía por sí esto no sucediere, es mas fácil, seguro y placentero la embriaguez de las bebidas espirituosas. En esta parte, para gozar, no es menester llegar á un extremo de andar haciendo eses; basta ponerse entre si son flores ó no son flores, un poquito calamocano. Hasta la miserable cervecilla hace tambien su papel y proporciona un estado de dulce embotamiento de sentidos, una especie de sopor albagüño que solo podrán comprender los majaderos que hayan tenido la dicha de experimentarlo. Mas como todo en esta vida para los pesados es felicidad y gloria, contentos en su verdadero estoicismo con no ser, hacer, ni parecer nada, ¿con qué placer despues de haber comido opíparamente y de haber levantado bien el codo, depositan su mole en el seno de una butaca amiga, donde quieta y pacíficamente estraen el humo de una pipa ó saborean un buen puro de la vuelta de abajo! En aquellos momentos de agradable ocio, que deberían formar la vida del hombre, ¿cuántos pensamientos profundos se agolpan á su exaltada imaginación! ¿Qué instantes tan felices para las sublimes concepciones del genio! ¿Qué vastos proyectos no concibe un majadero en esta grata situación, proyectos que jamás realiza, porque contradeciría su propia índole y naturaleza! El tabaco es muy útil para los pesados, porque además de que mientras se prepara y enciende un cigarro no se hace nada, lo cual es una ventaja, todavía segun el juicio de los inteligentes, tiene el mérito de enjugar las humedades del ambiente y del cerebro. Pero no se limita á esto la esclencia de él para un gran pesado, cuya imaginación se eleva, representándole aquellas bocanadas de humo la nada de las cosas humanas, la fragilidad de nuestra existencia y nuestro fin. En cuantos objetos le rodean durante estos placenteros éstasis, ¿cuántas cosas observa en aquellos que se escapan á los ojos vulgares; cuántas relaciones ocultas y misteriosas no descubre en los mismos! «¿Veis, decía un hombre pesadísimo á varios amigos que le rodeaban, y que admiraban el raudal de elocuencia que brotaba de sus labios en elogio de la poltronería; veis que la especie humana tiene entre sus principales atributos el de ser bipede? ¿Veis que en las demás especies de animales es generalmente mayor el número de sus pies, habiendo algunas que tienen seis u ocho de que pueden hacer uso para la ambulacion y la carrera? ¿Qué quiere decir esto? Que la naturaleza ha criado al hombre para la carrera ni para una dilatada progresión. Parece que ha querido decirle: para lo poco que debes andar, te basta con dos pies. Si el hombre replicase: si pierdo un pié, ó algun padecimiento me impide que de él haga uso, no puedo andar ni mantenerme en pié, ¿que he

de hacer? La respuesta la misma naturaleza la inspira: tenderte, que esa es tu actitud natural y el término de su existencia. ¿Porque la naturaleza no ha provisto al hombre de alas? Porque si no ha querido que corra, si ha querido que ande poco, mucho menos podría permitirle que volase. Para atravesar los espacios y volar, le ha dado la inteligencia y el genio.» Otro día, con ocasión de que uno de los convidados admiraba un cuadro que tenia nuestro espléndido majadero en su gabinete, y que representaba un bello paisaje atravesado por un río, donde tenia tendida su caña un pescador que se hallaba sentado en una de sus orillas, se entretuvo en ponderar las ventajas de la pesca, sobre todo cuando es con caña, manifestandose indignado de que un escritor inglés haya dicho sarcásticamente, que un pescador de caña es un instrumento que empieza en un anzuelo y termina en un tonto. «¿Es posible, decía, que se llame tonto á un pescador de caña, porque ejercita sentado su afición, y porque se le supone con razon hombre de paciencia y cachaza? Hombre de gran talento y aun sábio le llamaré yo, porque conoce todo el precio de la comodidad, del descanso y de la vida sedentaria. Hombre humano le llamaré yo, porque si trata de apoderarse de los peces de los ríos que la naturaleza ha criado para su subsistencia y regalo, no presenta á nadie un espectáculo de sangre, y mata á los peces en el mismo seno de las aguas, ocultando como con un velo esta escena para que nadie se llene de horror. En vez de vituperar al inocente y pacífico pescador, ¿no valiera mas que cubriesen de improperios á los que armados de escopetas y con el auxilio de perros, y de hurones, destruyen los campos y los sembrados, persiguen á los animales domésticos, ponen en peligro su propia vida y esparcen la desolación y la sangre por todos los parages que recorren? Pretenden ridiculizar al pescador porque pasa un día entero sentado para volver á la noche á su casa con un pececillo ruin, sin advertir que el pescador se entretiene en conversar con algun amigo ó compadre que lo acompaña, en leer algun libro agradable, y en hacer un cigarrillo de papel; ¿mas que diremos de tres ó cuatro amigos que salen el sábado al anochecer, hasta el lunes por la mañana que vuelven, que andan cuatro ó cinco leguas á pié por matorrales y zarzales, que sudan y se fatigan, que adquieren unas tercianas ó una fiebre intermitente, y que vuelven á sus casas rendidos de fatiga, todo para traer un mal gazapillo, y para tener al día siguiente ocasión de mentir largamente en el café? Señores, este es el verdadero majadero, con la sola diferencia de que ha errado el camino, empleando la agitacion y el movimiento.»

Contra el baile, contra los toros y contra las carreras de caballos decía cosas estupendas, y demostraba un ingenio fomentado y cultivado en la inacción á que casi habia reducido sus fuerzas corporales. Despues de los infinitos argumentos que empleaba contra tales diversiones, decía por conclusion. «Pedro ha pasado toda la noche en un baile; vuelve á su casa á las ocho de la mañana, se mete en la cama, y dá orden de que no le despierten hasta la hora de comer. Pues ¿no valiera mas de que se hubiese metido en la cama en vez de ir al baile y se ahorra mucho de incomodidad y de fatiga?»

Sin conocerlos ni haberlos estudiado bien, censuramos á los hombres pesados, solo por el hecho de serlo, y pretendemos ridiculizar sus ideas. En estos hombres vemos una cosa singular y extraordinaria, que los distingue de los demás, y que consiste en que son los únicos que viven en este mundo con un sistema completo y constantemente aplicado. Toda su doctrina, producto de su juicio y de su natural instinto, se reduce á tres máximas: trabajar lo menos que se pueda: gozar con sumo descanso y comodidad: y cuidar el individuo cuanto las circunstancias le permitan, aunque no sea mas que por la curiosidad de ver lo que dura un hombre pesado bien.

cuidado. Para esto último, además de los medios que dejamos apuntados, y que se encaminan a precaver las enfermedades, todavía para las que sobrevengan de pronto y que exigen un auxilio inmediato, porque mas vale un por si acaso que un quien pensara, tienen buen cuidado de estar provistos de un botiquín en que se hallan tafetan inglés y telas de araña para las cortaduras, los purgantes mas ordinarios, cabezales y vendas para sangrias, sin olvidarse de un par de docenas de sanguijuelas, por si ocurre de pronto aplicar un golpe de ellas. Mucho debe durar un edificio en que tanto se cuida de los reparos menores, y de impedir que un desconchado, una grieta o una gotera sean capaces de hacer daño a las partes principales de la fábrica. Por supuesto que todos los dias se practica un escrupuloso reconocimiento, mirándose la lengua al espejo, examinando la orina etc. etc. etc.

En estos tristes tiempos, en que tan desatada se halla la ambición y que se ha propagado como un contagio la sed de empleos, honores y distinciones, nadie ha podido acusar de *turroneros* a los hombres de la pesadez, que insensibles a los estímulos de la vanidad y de la avaricia tienen la gloria de ser los únicos que no han contribuido en lo mas mínimo a las calamidades de nuestra patria. Los partidos luchan entre si, mientras que ellos por la fuerza de inercia y por su natural indiferencia a todo lo que sea capaz de turbar el sosiego de los demas, permanecen en medio, extraños a todo, sin tomar parte en nada, siendo la verdadera representación del *carácter grave* de los españoles, y esperando que sus intereses y sus opiniones han de triunfar tarde o temprano por la inacción y por el peso de los que las profesan.

No saben bien los partidos todo lo que puede la fuerza de inercia. ¡Esta sola ha de ser su desesperación!

Enemigos por su propio carácter de vanas distinciones, de bordados y de cintajos, miran los pesados con un solenne desden todas estas cosas que no se echan en la

olla, y que en nada aumentan sus gozes ni su reposo. Españoles antes que todo, desean vivir lejos del torbellino de la corte y del tráfico de los negocios públicos. Se ven poderosamente de la puerilidad de aquellos hombres que muestran regalar sus oídos con el tratamiento de *señoría* ó de *escelencia*; solo oyen con gusto el tratamiento de *serenísima*; porque este lo miran como suyo propio, y que en cierto modo, de justicia les corresponde.

Bien conocemos quí las ventajas de la pesadez y el elogio cumplido de este carácter privilegiado deberían con propiedad emplear cien volúmenes en folio, semejantes al *Cuerpo de Derecho civil romano* de Glosa-magna; pero ya que esto no nos lo permitirían ni la paciencia de nuestros lectores, ni la condescendencia de nuestro amable editor, permitasenos al menos por conclusion, que mencionemos tres rasgos característicos, el primero referido por un distinguido poeta, (1) y los dos últimos de dos personas que hemos conocido y tratado. Un médico llegaba en una mula a la puerta de una casa, y como en el momento de acercarse a ella se asombrase la mula y lo arrojase a gran distancia, dijo tendido en el suelo con mucha cachaza; ¡cabalmente yo me iba apear! Don Tiburcio G. entró de muchacho en Sevilla, donde fué destinado al comercio; al entrar se propuso no volver a salir: cuando se paseaba llegaba hasta las puertas de la ciudad y se volvía atrás, vivió muchos años y jamás faltó a su propósito. Don A. Fernandez de Córdoba, buen oficial de marina, almorzaba un dia con mucho sosiego en un buque que mandaba; otro enemigo le hacia un vivo fuego; pero no permitió tomar ninguna disposición ni mandar nada hasta que concluyó de almorzar. Los nombres de estos verdaderos héroes son dignos de que la posteridad los repita con aprecio y veneración.

ANAYA.

(1) Iglesias. Epigramas.



Vista de Santiago de Chile en América.

EL AMOR DE UNA MUJER.

Hacia el año de gracia en que dió principio este siglo, tan fecundo en cosas estupendas, una jóven disfrazada y cubierto el rostro con una careta de tafetan negro, y un caballero al parecer militar, pues llevaba uniforme, pantalón ajustado, botas y sombrero de tres picos á estilo de la época, viajaban de incógnito á caballo atravesando bosques y montañas, con el designio visible de no ser conocidos. Despues de un breve descanso en la hermosa Granada, se dirigieron á un pueblecito de la Alpujarra al pié de Sierra Nevada. La jóven era un tipo de hermosura, una de esas bellezas cuyo mérito solo pueden estimar los artistas pero que los profanos podemos muy bien admirarlas; grandes y hermosos ojos azules, que

entonces eran de moda, llenos de coqueteria, cabellos rubios que un poeta hubiera llamado madejas de oro; boca y pié casi imperceptibles, labios de coral, cintura inverosímil, color de pálido carmin, apenas comparable á una rosa de mayo; y luego una gracia, una espresion en su semblante, que era imposible verla sin sentir esa dulce sensacion que inspira una muger bonita, siquiera no se la considere mas que como obra maestra del autor de todo lo bueno que existe. En cuanto á su compañero de viage era tambien un jóven y cumplido caballero que unia á la regularidad de su figura otras dotes recomendables. En las sociedades de la corte se le tenia por el primer *primetre* de aquellos tiempos. Nadie mejor que nuestro don Felix, que así se llamaba, sabia empolvarse el cabello, nadie usaba esencias de tan exquisito aroma, ninguno en fin presentaba primero que él en los salones muestras de los caprichos de la voluble diosa. Sus modales elegantemente impertinentes para con los inferiores eran llenos de gracia y dulzura para con las damas.



Noble y valiente, al par que galán, al menor insulto tiraba de la espada, con la misma frescura que recogía un abanico abandonado maliciosamente á sus pies por una coqueta. Su talento no era profundo, pero gracias á una memoria feliz y á cierta facilidad en espresarse, pasaba entonces por hombre de ingenio, y acaso en nuestros días hubiera podido ser una *notabilidad*.

El misterio de que se rodeaban los viajeros, la edad, las miradas llenas de pasion del uno y el rubor que al parecer producian en la otra, dejaban traslucir sin esfuerzo que se trataba de un rapto. ¿Quién era esta Elena del siglo XIX y quién este París que la acompañaba? ¿Era acaso algun militar que robaba á su patrona para sustraerla al pesado yugo de un marido intolerante, ó un marquesito que huía con una bella duquesa que por él abandonaba á su legitimo duque? Todas estas suposiciones podian ser una realidad, porque en aquel tiempo de pecados conyugales, el diablo solia meter con facilidad sus garras en el interior de los matrimonios. Pero esta vez no se trataba mas que del rapto de una jóven: la noble y linda Julia de C*** acababa de dejar furtivamente una respetable parienta que le servia de madre, para seguir al caballero Felix de S*** gentil hombre de Palacio y amigo íntimo del principe favorito. Julia hacia muy poco

que habia salido del convento y apenas lo conocia, no habiéndolo visto sino dos ó tres veces en algunas sociedades; pero esto bastó; la fascinacion fué rapida y el elegante caballero habia llegado á ser su idolo y su dios, sobre la tierra.

La conversacion de los dos amantes era tierna y apasionada, formando un especie de nocturno á dos voces, de palabras de amor, de suspiros y semi-suspiros.

El caballero dirigia á Julia una mirada incendiaria. Julia se la volvia poniéndose colorada.

El caballero la cogia la mano.

A Julia la palpitaba el corazon.

El caballero comparaba su hermosura, no como hoy á todos los ángeles del cielo, sino á todas las diosas de la fabula, y los dos amantes cambiaban frases mas dulces que un madrigal y tiernas como una elegia:

—Os amo, Julia, decia él

—Os amo, Felix, decia ella

—¡Vos sois mi Hebe! mi Venus! y de vuestros ojos ha partido la flecha que me ha lacerado el corazon.

—Vuestro amor es mi vida, replicaba Julia; yo sé que es una locura el seguiros; pero me dejo conducir gustosa al abismo, porque adoro la mano que me conduce. Si en vez de ser un noble y cumplido caballero fueseis un cul-

pable, un proscrito, un plebeyo, todavía os diría, os amo, y os sigo.

De repente Julia se puso pálida como un cadáver; sus miradas fijas sobre el caballero, perdieron la espresion de cariño, y una profunda melancolia cubrió su semblante.

—¿Qué tenéis, mi diosa? exclamó el caballero

—No es nada, replicó Julia, es el viento que me hace mal.

¿Qué tenía Julia? ¿Qué acababa de ver en el rostro de su amado? Era el signo de reprobación del ángel caído, ó la férrea marca del esclavo? Nada de esto: eran algunos bucles del cabello en desorden deshechos y enmarañados. Un soplo de viento acababa de quitarle los polvos, que finos y blancos se habían esparcido pintorescamente por la frente y sobre la casaca; esto daba al pobre amante cierto aire de negligencia y cambiaba del todo la espresion de su cara. Es necesario á todo cuadro por hermoso que sea, un marco elegante; solo los de Rafael, pueden pasar sin adornos. La pasión de una muger, es esencialmente susceptible; la mitad de su amor pertenece á la persona amada; pero la otra mitad, la lleva de derecho el corte del traje, el de los cabellos, el agua de colonia, y el jabon de olor. Oh frivolidad! tu nombre es muger! Bien veo que me van á replicar mis amables lectoras, que esa frivolidad es delicadeza, que el lujo y la elegancia, es la poesia visible, y que para hacerse amables es necesario rodearse de prestigio; pero yo tendria mil razones con que rebatirles estas, que sin embargo admito hasta cierto punto, si no fuera porque mi objeto no es debatir tan interesante materia, sino referirles una historia. Volvamos á nuestros héroes. La pobre Julia tuvo una pena indecible. En las sociedades de Madrid, habia visto al caballero siempre cuando acababa de salir de las manos de su peluquero y de su ayuda cámara; no conocia mas que al hombre del mundo, y este hombre era encantador. Felix sabia preparar cuidadosamente su traje y su imaginacion, y antes de decir al lacayo: «anuncia» se tomaba tiempo para dejar asomar una sonrisa de miel á sus labios, y meditar las frases mas galantes, así como para pasar revista á su traje, y sacudir de su casaca una mota ó una arruga si la tenia. Pero Julia no reflexionó que todo hombre del mundo, oculta el hombre intimo; el hombre intimo que usa en su casa hasta el ultimo punto posible sus vestido viejos y sus viejos defectos; que se peina mal y no pone pomada en sus cabellos, ni sonrisa de miel en sus labios; que responde bruscamente, que regaña y da voces, que gasta zapatillas y fuma y escupe, y se enfada.

Felizmente el caballero por una inspiracion natural y por un instinto de elegancia, llevó la mano á la cabeza, y viendo que el cabello se habia descompuesto, lo arregló con viveza. Julia olvidó al punto su disgusto, y halló de nuevo á su amante irresistible.

Sin embargo, los caballos trotaban con rara emulacion, y muy luego entraron en el pueblecito de Ujijar, de donde el caballero era natural, y término señalado á su viaje.

—Aquí es donde nos detenemos, Julia. Mirad qué situacion tan pintoresca.

—Pintoresca sí, replicó Julia, pero algo agreste; y luego estas gentes parece que hablan en moro; no se las entiende una palabra.

—¡Oh! tienen cualidades admirables; ya vereis que contenta os hallais en este país.

—Lo que mas me gustan son esas montañas. Subiremas al Pinacho de Veleta, ¿no es verdad, amigo mio?

—Sin duda; subiremos á la cúspide mas alta de esa inmensa montaña que al lado de mi Venus me parecerá el Olimpo.

Después de este cumplimiento mitológico, quiso Felix coger con galanteria la mano de Julia para besarla, pero esta la retiró bruscamente: Venus acababa de notar que Adonis tenía las manos un poco oscuras.—¡Horror!

¡horror! decia ella interiormente á imitacion de Shakspeare. Era muy natural sin embargo suponer que el aire, el polvo y el sol de un viaje, nada corto por cierto, son enemigos mortales de la blancura; pero su amante parecia á Julia un semi-dios, y juzgaba que sus manos deberían haber permanecido blancas y perfumadas á despecho de la intemperie. Adonis se las lavaba hacia algunos dias en los arroyos con agua clara y cristalina, pero sin jabon aromático y por tanto el olor que exalaban no era de esencia; era el perfume natural como el de las plantas y aun si se quiere como el de las flores. Pero ¡ah! todas las ilusiones de nuestra heroína debian perecer en el camino: en un viaje de tantos dias, el prosaismo de la existencia no puede menos que descubrirse. La pobre Julia no estaba apenas en las primeras páginas de su novela y ya empezaba el capítulo de los desengaños.

Dos dias después de llegar al pueblo, nuestros viajeros trepaban trabajosamente el camino que conduce al Picacho de Veleta; este camino, si es que tal nombre puede darse á una vereda formada por la vertiente de las aguas, desde la mitad de la montaña arriba apenas es transitable. El viento cerca de la cumbre es glacial, ya por la mucha elevacion y ya tambien porque la nieve permanece y se conserva en las sinuosidades de los picos de la montaña de un año para otro. Era el mes de mayo y sin embargo nuestros amantes temblaban de frio, como en el mas riguroso dia de enero. En tanto que el amor les abrasaba el pecho, el viento les resfriaba la cabeza y el ruido de sus estornudos se mezclaba al balido de las cabras.

Después de temblar de frio, Julia empezó á temblar de miedo, el camino casi aéreo, tenía á la parte de la izquierda un espantoso precipicio y cada vez se hacia mas resvaladizo y difícil. De pronto un ruido semejante al estampido de un cañon se dejó oír; Julia levantó los ojos y vió una enorme masa de nieve que desprendiéndose de la montaña, causaba en su caída tan horriblo estruendo. Espantada quiso refugiarse en los brazos de su amante, pero apenas dirigió la vista hacia él, lanzó un agudo chillido y se tapó los ojos con ambas manos.

Dos horas después estaba Julia en la pradera y quince dias mas adelante en Madrid, habiendo hecho el viaje sola y sin mas acompañamiento que un criado.

II.

El primer dia de carnaval del año siguiente al que ocurrieron los acontecimientos que acabamos de referir, se habian abierto los salones de uno de nuestros principales grandes de España para dar paso á infinitas máscaras convidadas á un baile suntuoso. Eran las tres de la mañana, y una de estas máscaras con dominó negro, una careta de tafetan que apenas la cubria el rostro y un ramo de flores en la mano, fué á situarse en el hueco de un balcon evidentemente sofocada del calor, con la cabeza descubierta y los rizos, casi deshechos por el roce del capuchon, caído sobre el hombro. Su inquietud era visible, y en el modo y frecuencia con que volvía la cabeza á uno y otro lado, se conocia claramente que buscaba á alguien, pero tambien se adivinaba que no era un amante el objeto perdido; los amantes no pierden á sus queridas en los bailes de máscara: debia ser un hermano, ó á lo sumo un marido.

A pocos pasos de esta máscara un grupo de mugeres rodeaba otro máscara disfrazado de nigromántico pero que dejaba ver una elegante figura «Yo sé lo pasado, lo presente y lo futuro, les decia; á todas os referiré vuestra historia, si me dais permiso, por supuesto. Ven acá, linda serrana, y no te esquivés que no soy tan feo como tu marido el conde. Es una lástima que siendo tan jóven y

tan hermosa no te haya tocado en suerte otro compañero.... No me interrumpas; que ya sé que eres tan virtuosa como bella y que has despreciado ofertas que no todas despreciarían.—A ti no te digo nada, beata, porque



temo que cierto embajador que anda por los salones me declare la guerra y yo quiero permanecer neutral.—A ti, veneciana, voy á darte un consejo; no visites tanto el palacio de la calle de Alcalá, no te afanes tanto por los ascensos de tu marido.—Ven, tú, también á formar corro, añadió dirigiéndose á la máscara del dominó negro que estaba junto al balcón; también sé un capítulo nada mas, pero muy interesante de tu vida; ¿quieres que te lo refiera?

La máscara quiso alejarse, pero el nigromántico la cogió de la mano y la hizo entrar en el círculo. Si no te hubieras descubierto la cabeza, añadió, acaso no te habría conocido; pero esa careta no te disfraza bien y además tus cabellos de oro te hacen traición. Sé como te llamas, y aunque te pese has de escuchar al mágico.

—Déjame, replicó la dama, yo no creo en la magia.

—Y sin embargo la tienes en los ojos; ¿pero por qué esa prisa de huir? ¿te espera algun fogoso alazan á la puerta? ¿Se trata de otro viage á la Alpujarra con algun nuevo don Felix?

—¡Dios mio! ¿qué dices? exclamó ella con espanto.

—Oid, lindo auditorio, oid una anécdota de este dominó y decidme luego si se la puede absolver. Prestadme atención que voy á referiros casi un cuento. Es el caso que el caballero Felix de S...*

—¡Ese calavera! exclamó un máscara.

—¡Ese botarate! replicó otra.

—El mismo, dijo tranquilamente el mágico; veo que lo conocéis perfectamente. El caballero, Felix de S...*, como decia, tuvo la humorada en cierta ocasion de enamorarse casi de veras. Una jóven, muy hermosa por cierto, le fascinó y ella misma parecia fascinada. Un dia los dos pichones remontaron el vuelo y fueron á ponerse sobre las almenas de la Alhambra de la poética ciudad que fué el último asilo de los musulmanes, y desde allí descendieron á la sierra y emprendieron luego la peregrinacion á la cumbre del Picacho de Veleta; esa montaña célebre que encierra sola todas las bellezas, todas las flores, todos los frutos y todas las temperaturas de las cuatro partes del mundo. Al principio del viage, para escalar el Pico, marchaban perfectamente; pero en lo alto de la montaña, hacia un frio de enero; en cambio el corazon de los amantes estaba á 50 grados como en julio. Siguiéron avanzando dirigiéndose miradas de fuego y restregándose las manos de frio, cuando una masa de nieve se desprendió de un pico de la montaña, y va á precipitarse al fondo con horrible ruido; la jóven lanzó un grito agudo, descendió corriendo al valle y volvió sola á Madrid, donde se casó á los pocos meses con un alto funcionario de palacio que no hay para que nombrar ¿Qué le sucedió á su amante?

—La nieve lo precipitó consigo, dijo una de las damas del corro.

—No, mascarita, continuó el mágico, entonces lo hubieran horado y hubieran hecho de él un idolo.

—Habría tomado un nombre supuesto, añadió otra, no se llamaria don Felix de S...*, la jóven sabria que no era un caballero sino algun capitán de ladrones ó cosa parecida, y lo abandonó.

—Eso hubiera sido muy novelesco (ahora diríamos muy romantico); lo habrían seguido y se hubieran sacrificado por él. Su crimen era mas grave y de aquellos que no pueden perdonarse. Durante el viage sus cabellos se habian descompuesto y los polvos le mancharon la frente y la casaca; sus manos se le pusieron como las de un gánan; y en fin cuando la jóven lanzó aquel grito agudo, no fué de miedo por la caída de la nieve, sino de indignacion, porque vió á su amante que acababa de ponerse.... ¿el qué direis, mascarillas?... Un gorro negro de seda.

—¡Qué horror! gritaron todas á la vez.

—¡Cómo! máscaras, dijo el nigromántico. ¿Esesa vuestra sentencia? No condenais á la infiel por frívola, por....

—Al contrario, la absolvemos por unanimidad.

En el mismo momento se acercó un jóven á Julia, pues Julia era la del dominó negro, toda temblorosa y estupefacta se agarró de su brazo.—Al fin has parecido, le dijo, impulsándolo dulcemente para separarse del corro. Hace cerca de una hora que te estoy esperando.

—¿Es al esposo de esta mascarita á quien tengo el honor de hablar? dijo aproximándose el inexorable mágico.

—Servidor, replicó el otro.

—Pues entonces permíteme que te dé un consejo. Si quieres conservar el cariño de tu muger....

—Máscara, esa broma....

—Déjame concluir. Si quieres conservar el cariño de tu muger, repito, trátala con mucho amor, pero usa en abundancia el agua de Labanda; procura satisfacer sus deseos, pero cuida mucho de rizar su cabello; proveete de seducciones y de polvos y de ámbar; sé amable, sé fiel, y sobre todo... ten mucho cuidado con esto... no uses nunca gorro negro de seda, si no quieres ser hombre perdido. Este es el consejo que teda el caballero Felix de S...*

Diciendo esto desapareció el nigromántico, entre los grupos de máscaras, y no se le volvió á ver: ignoramos si el marido de Julia seguiría su consejo.

M...*

SUPERSTICION DE LOS CHINOS.

Pocos pueblos hay que se entreguen tanto como los chinos, á las ceremonias supersticiosas. Los idolos se encuentran á cada paso en los templos y en las habitaciones; cada casa, lo mismo que en la antigua Grecia, tiene su divinidad protectora. Este idolo, se encuentra en los buques, sobre el gallardete de proa, lugar considerado como el mas distinguido. Seria tenido por un sacrilegio el sentarse delante de los idolos, y sin embargo, sucede bastante á menudo entre los chinos, el reunirse en las pagodas, á echar las once y fumar su pipa. El idolo, está adornado segun los medios del capitan: se coloca todos los dias delante del altar una ofrenda que consiste generalmente en carne y frutas, y se queman perfumes. Independientemente de este servicio ordinario, hace el capitan sacrificios solemnes en determinadas circunstancias, ya cuando pasa de un mar á otro, ya cuando el cielo amenaza tormenta, ó cuando una completa calma no permite al buque menearse de un sitio. Coloca sobre la cubierta diferentes platos de carne y otras viandas y enciende perfumes al rededor, luego se prosterna tres veces hasta el suelo, y en seguida disparagran cantidad de cohetes, para despertar con el ruido á la divinidad dormida. Quema en seguida pedazos de papel cubiertos de una ligera capa de plata ó estanho, despues de lo cual se inclina de nuevo el capitan y termina su sacrificio, arrojando al agua algunos granos de sal, y un poco de la salsa de los manjares ofrecidos á la divinidad. Mientras dura la ceremonia, la tripulacion está situada detrás del capitan, con

el mayor silencio; los restos del festin del idolo sirven despues para la mesa del capitan.

Los idolos que representa el grabado, están copiados de un cuadro ejecutado en el siglo XVII. El de la derecha que representa la inmortalidad, tiene veinte pies de altura. El de la izquierda, en cuya protuberancia del abdomen, pliegues de la barba y espresion jovial de su rostro se reconoce facilmente el dios del placer, es de igual tamaño. El de en medio, adornado de ricos vestidos, representa el gran King-Kong. En los dias festivos se quema mucho incienso á los pies de este idolo en vasos de bronce. Lord Macarkney vió idolos casi semejantes en el año 1793, en la provincia de Kang-Tong, y en un templo situado sobre la punta de una roca. Vió asimismo estatuas que representaban la fecundidad, la melancolia, la voluptuosidad, etc., etc. Los chinos en general, usan de la completa libertad de cultos, personificando todos los caracteres y sentimientos. El culto de Fo-hi, que es el mas general en todo el imperio, enseña la inmortalidad del alma y el principio de la metemscosis. Aquellos que durante su vida hayan cometido alguna falta, pasarán despues de su muerte á los cuerpos de animales inmundos, hasta su entera purificacion. No obstante, el sistema de los laotsees ó discipulos de Lao Kion, están mas de acuerdo con el carácter y espíritu de los chinos. La filosofia que reinó 606 años antes de la era cristiana, enseñaba que la primer necesidad del hombre era la de vivir dichoso, recomendando al propio tiempo la mayor indiferencia hacia todas las cosas y por todos los sucesos. Segun estos principios no se necesita reflexionar sobre lo pasado, ni inquietarse por el porvenir, siendo lo mas prudente gozar lo mejor que se pueda de los rapidos momentos de la vida.

Esta doctrina se acerca en un todo á la que se conoce vulgarmente por Epicúrea.



